Correr para seguir en el mismo sitio

CORRER PARA SEGUIR EN EL MISMO SITIO

Redactores: JLM y JCJ. Nº28. Revista literaria sin nombre fijo ni contenido fijo que no se sabe si volverá a editarse.

EDITORIAL

Hace siglo y medio apenas tenía ya sentido el obcecarse en creer que nuestro mundo había sido creado en seis días con uno, de propina, para descansar. Eran numerosas las pruebas de que, como decía Heráclito hace más de dos milenios, todo parece cambiar. No hacia el caos, para nuestra fortuna, pero tampoco guiado por un mágico destino ennoblecedor. Mediado el siglo XIX el mundo, cerril, aún se aferraba a viejas creencias, empeñado en mantener una cómoda imagen del universo que poco tenía que ver con la realidad. Por aquel tiempo, varios pensadores buscaban la causa y motor de ese cambio, una explicación para el aparente devenir a la vez que trataban de encontrar el lugar que el hombre ocupaba en el concierto del mundo. Un caballero inglés, de apellido Darwin, bastante conservador en cuanto a su ideario original, encontró, o creyó encontrar, el motor del cambio en una simple lucha por la perpetuación que se repetía a todos los niveles dentro del mundo de lo vivo –y sospechaba que, de algún modo, también pulsaba en lo inerte-. Era un mecanismo ciego. Suponía una explicación pulcra, sencilla, coherente. Y nuestro buen científico, a la vez que cambiaba su mente, trató durante años de buscar pruebas que sustentasen su idea. Encontró muchas. Quizá más de las que había imaginado. Aunque no fue capaz de dar con todos los engranajes ni todos los datos particulares. Estas pequeñas lagunas no habrían supuesto menoscabo para muchas otras teorías científicas, apoyadas en mucha menor evidencia. Sin embargo, tal fue el rechazo de la idea de evolución entre sus contemporáneos, que muchos se lanzaron como lobos contra esas supuestas debilidades, con la esperanza de derribar aquel monstruo que los críticos suponían desatado contra la preeminencia de la raza humana –o contra la religión, o contra el humanismo, o frente a la moral, para todos los gustos había

opositores-. En ocasiones obtuvieron pírricas victorias contra la idea de evolución por selección natural, pero sus argumentos sirvieron de acicate a los investigadores que, infatigables, siguieron acumulando pruebas y depurando la teoría, mucho menos monolítica que los tristes argumentos de sus detractores. Curiosamente, con el tiempo, la oposición se volvió aún más tenaz y obtusa.

Lo más extraño de todo es ver cómo en nuestros días, por doquier, se sigue cuestionando la idea de que la vida es un constante fluir de cambios, con luchas, azares, presiones de todo tipo y, a la postre, una constante carrera de cada ser por no quedar desplazado de su lugar en el mundo. Cada vez más claros el mecanismo y la historia y cada vez más opositores. ¡Como si se tratase de una fe que abrazar o rechazar!

Y mientras, cada ser, cada especie, sigue su lento devenir. Una loca carrera, un pelearse siempre para, a la postre, quedarse en situación semejante. Como en esas locas carreras de armamentos, con misiles cada vez más poderosos y los enemigos en permanentes tablas. Como esa reina roja de Alicia que la arrastra en su loca carrera para, al cabo, seguir en el mismo lugar, en mitad del tablero. Y, por eso, el título de nuestra revista. Tranquilo, si no te cuentas entre los creyentes no pretenderemos adoctrinarte. Ya sabemos que tu cerrazón será invencible por los argumentos. Nos conformamos con mostrarte ejemplos, argumentos, ideas. Con divertirte. Aunque tú, sin saberlo, sigas formando parte de la loca carrera. Siempre en marcha. Siempre en el mismo lugar. Tan contingente. Tan accesorio. En exceso periférico con respecto del centro del universo.

AMOR CUÁNTICO Y CONFUSO

Yo tuve una novia cuántica
que se llamaba Eva Espín.
Era una chica muy rara
desde que la conocí.
Tan pronto estaba muy cerca
como se iba por ahí.
Se perdía y se encontraba
desde el principio hasta el fin.

Su gato era muy extraño
pues vivía sin vivir.
Su nombre era bien germano
y difícil de decir.
Me quería algunas veces
y otras pasaba de mí.
A veces la situaba
y otras huía de mí.
Si sabía dónde estaba,
no el lugar de su nariz.
Si alcanzaba a ver su talla,
se le borraba el perfil.
Al cabo se entrelazaba
con cuanto vio por ahí,
y me dejó en la estacada
sin terminarse de ir.

Antón Martín Pirulero

VIDA DE UNA GARRAPATA CONTADA POR SÍ MISMA

¿Cómo describir esta sensación de infinita superioridad? Cuando una sabe que se encuentra en la cúspide de la creación es fácil burlarse de los problemas que aquejan a otras criaturas mucho menos afortunadas. Pero hay que tener el aplomo suficiente como para no caer en el menosprecio de todo lo que sabemos diferente e inferior.

Sé que, en cierto modo, no es mérito mío el encontrarme en tan privilegiada posición. Soy un fruto de la ciega evolución, de la selección natural que igual entrega una vida que la siega sin contemplaciones. Pero no puedo dejar de enorgullecerme de mis ventajas y virtudes, ni de dar gracias a los hados por mi buena fortuna.

Sé que gentes poco informadas, o quizá envidiosas, me observan con cierto miedo y hasta con repugnancia. ¡Pobres ignorantes! Por suerte para ellos mis elevados principios me impiden alardear y demostrarles cuan inferiores son a mí. No saben lo envidiable que es mi estado, igual que muchos de los de mi especie no

lo valoran lo suficiente. Pues soy una garrapata, y es difícil imaginar una condición más deseable que la mía.

Es cierto que no soy grande ni vistosa, pero tampoco es positivo llamar la atención. En todo caso, no soy débil ni frágil. Al contrario, mi resistencia está fuera de toda duda. Incluso puedo prolongar mis ayunos de forma casi indefinida, sin apenas menoscabo de mi salud. Algunos envidiosos afirman que soy fea, incapaces de valorar mi perfección. Es cierto que carezco de ojos con que comprobarlo pero, lejos de lo que algún ignorante pudiera sospechar, en mi ceguera reside una de mis mayores virtudes. También hay quien me llama cruel, como si el depredador tuviera que sentir pena por sus víctimas. Olvidan quienes así se pronuncian que los seres superiores siempre sometemos a los inferiores a nuestra voluntad y estamos dispuestos a dominar a la naturaleza y sus criaturas en nuestro propio beneficio. No negaré que mis pobres presas me causan cierta lástima, pero sólo por su manifiesta inferioridad ante mí. Con respecto a la explotación a que las someto no tiene sentido hablar de arrepentimiento. Es la ley de la naturaleza y yo me limito a cumplirla. No obstante, admito que no me enorgullece particularmente mi triste dependencia respecto del medio material.

Me gustaría poderme elevar más allá de los límites de esta realidad perecedera. Pero mi magro cuerpo, pese a su resistencia y mi férrea voluntad, no puede sustraerse totalmente de la realidad física que lo rodea. No me quejo. Soy un ser afortunado, un magnífico hallazgo evolutivo.

¿Quién sino yo tiene sus necesidades materiales cubiertas por el mero hecho de permanecer unida a una criatura inferior? Tomo su vida a sorbos, pero no lo hago gratuitamente. Intento guardar para tiempos peores, con objeto de no verme en necesidad. Gracias a ello puedo dedicar todos mis recursos a lo verdaderamente importante. No tengo que perseguir a mis presas ni permanecer pendiente de las criaturas que me brindan el sustento. No debo cazar ni cultivar el alimento, ni esperar que los designios de la climatología me proporcionen verdes tallos que mordisquear. En lugar de eso, puedo dedicarme a la meditación, a pensar y divagar. Filósofa entre las criaturas, me conformo con un monótono condumio mientras me dedico

a cultivar mi intelecto superior. Analizo con mi mente el mundo que me rodea y busco respuesta a las preguntas trascendentes de toda época: quién soy, de dónde vengo, hacia dónde me encamino. Soy, realmente, una criatura afortunada.

Hay quien dice que mi ceguera es una limitación, pero a esos ingenuos les digo que se equivocan. Los sentidos nos atan a lo material y sustraen recursos de nuestra mente. Por ello es una feliz circunstancia, fruto de la ciega evolución, el que yo carezca del sentido de la vista, el más absorbente de los que adornan a los seres vivientes. Ojalá pudiera prescindir también del tacto y del olfato, pero mi supervivencia requiere que los conserve. Con todo, dispongo de un cerebro lo bastante poderoso, y a la vez sencillo, para mantener una mente clara, y mi vida cómoda y plácida, diríase que regalada, me proporciona el tiempo y la oportunidad de dedicarme a comprender el mundo todo y mi papel en su complejo devenir.

No podéis ni imaginar la pena que siento por vosotros, pobres humanos. Más aún que por otras criaturas inferiores. Perros, gatos, ovejas y otras alimañas tienen una mínima autoconciencia, una voluntad animal, pero vosotros, pobres miserables, aspiráis a la verdadera comprensión cuando, lo siento por vosotros, carecéis de las herramientas necesarias para procesar adecuadamente la información, lo cual os convierte en seres absurdos y atormentados. Mientras que somos nosotras, la garrapatas, quienes podemos contemplar el universo en toda su majestuosidad y presumir, con razón, de presidirlo desde nuestra encumbrada posición.

La Garrapata

COMPLACERSE EN EL TORPOR

Si algo se aprende bien pronto en este perro mundo es que quien no corre vuela, que hay que andarse bien listo si no quieres que te pisen y que uno no se puede quedar parado esperando que todo pase por nuestro lado sin afectarnos.

En cierto modo, el progreso, como principio, es absolutamente necesario. Racionalmente necesario. No tiene objeto ser conservador a ultranza cuando uno sabe que nada es permanente, que todo se encuentra en continuo movimiento, en un cambio sin fin. Y, sin

embargo, ¡qué tentación! La de quedarse quieto, cómodamente asentado. No cambiar un ápice de todo aquello que nos hace sentir cómodos. O, mejor, no cambiar nada de nada. Más vale lo conocido, lo familiar, lo que, a nuestro entender, ha demostrado que viene siendo válido desde tiempos remotos. Teniendo en cuenta que, a efectos de la percepción humana, ese tiempo prudencial puede ser de poco más que una década, lo que tarda los nuevo en resultarnos habitual, tampoco es pedir demasiado.

Tampoco hay que ser un talibán del cambio. Estoy harto de ver zoquetes que persiguen el "progreso" como si fuera una religión. Estos bobos se repiten la palabra progreso como un mantra y, con su excusa, se tragan cualquier gilipollez como la culminación del cambio deseable, justificando, de paso, cualquier taradura ajena con la excusa de una tolerancia mal entendida. Y hay que advertir, sobre todo para tanto ciego como hay, que ser progresista no significa renegar de lo viejo ni abrazar cualquier novedad. Eso es ser mentecato. Hay que buscar la mejoría y, para ello, más nos vale aplicar nuestra razón y, por qué no, también la voz de la experiencia, la acumulada por otros y la que uno puede obtener de la práctica o la experimentación.

Pero, por progresista que uno se declare, por alérgico a la pasividad que se considere, ¿quién no ha deseado detenerse en algún momento a descansar? Pararse totalmente, dormitar, dejarse invadir por la indolencia que precede al sueño, por ese torpor que hace sentir todo sin importancia. ¡Qué placer dejarse llevar…!

Pero no, no se debe. Si te detienes a mirar, a pensar, a dormitar, enseguida llegará la apisonadora del mundo, de la vida y su eterno cambio, del vecino ávido de sangre, y te pasará por encima, transformando tu momentáneo y quizá merecido descanso en la fría tumba que aloje por siempre tus huesos y tus sueños marchitos.

Juan Luis Monedero Rodrigo

CANCIÓN DE EXPLORADORES

Hicimos crecer el mundo
y por el camino
hemos menguado nosotros,
nos encogimos.

Nos encogimos,
nos encogimos.
Quisimos llegar tan lejos
cuanto pudimos
Quisimos subir muy alto,
lo conseguimos.
Nos encogimos,
nos encogimos.
Navegamos por los mares
y nos perdimos.
Disfrutamos cada isla
que descubrimos.
Nos encogimos,
nos encogimos.
Visitamos lo más hondo
de los abismos.
Recorrimos cada túnel,
cada camino.
Nos encogimos,
nos encogimos.
Nos lanzamos al espacio
casi infinito,
alternando las estrellas
con el vacío.
Nos encogimos,
nos encogimos.
Hemos ensanchado el mundo
y hemos sentido
que el hombre es tan contingente
como chiquito.
Nos encogimos,
nos encogimos.

Antón Martín Pirulero

HOMÚNCULO

En ocasiones, los pecados se pagan en esta vida, sin necesidad de esperar los castigos de la futura. Bernabé, para su eterna desgracia, lo pudo comprobar en sus propias carnes. Pero la carne, ésa que ahora se le rebelaba, es siempre débil, tanto como fuertes son los instintos.

Él no pensaba que pudiera contársele entre los débiles a la tentación. No era uno de esos pusilánimes que se dejaban arrastrar por cantos de sirena. Ni de aquéllos de fe incompleta. Menos aún de los que tenían más razones materiales que espirituales para apartarse del mundo. En cualquiera de tales casos habría asumido con más naturalidad sus propias faltas pero, cuando uno se piensa invulnerable al Maligno, comprobar las propias carencias hace mucho más doloroso el pecado, el pecadillo incluso.

Con todo, ni alguien tan estricto en sus creencias como Bernabé, podía haber imaginado un castigo tan desproporcionado para su desliz. Aunque, ¿quién era él para cuestionar los caminos del Altísimo? Inescrutables como son sus designios, buenas razones, o algún propósito oculto y superior debía albergar aquella losa que, como penitencia, había tenido a bien situar sobre sus blandos hombros.

Su desliz. Una mirada, un deseo inconfesable, apenas admitido ante sí mismo. Apenas oculto por la mortificación del cuerpo. Aparentemente vencido. Pero no erradicado. Por eso el castigo.

El pobre cura era incapaz de apartar los ojos cuando Dorita, la hija del alcalde, se acercaba a comulgar y lo observaba desde su casta y gozosa juventud. Al pobre Bernabé se le henchían el alma y ciertas partes de su cuerpo de las que se avergonzaba profundamente. Nadie se dio cuenta jamás de sus sofocos, de su vergüenza, sonrojo y apuro. Dorita, sin pretenderlo, o tal vez con cierta picardía inimaginable en su pureza, fustigaba sus más bajos instintos y despertaba sus impíos deseos. Pero Bernabé nunca les dio rienda suelta, ni tan siquiera se permitió disfrutar del mínimo encuentro eucarístico en el que colocaba el Cuerpo de Cristo en la dulce boca de la joven. Se sabía pecador y se obligaba a vencer al Maligno. Más de una noche se fustigó la espalda y se apretó el cilicio. Incluso ayunó, venciendo ese otro pecado de la gula al que pocas veces se dejaba

arrastrar. Pero no borró el pecado, que no podía pasar desapercibido al que todo lo observa desde su inconmensurable altura. Sin duda fue por ello por lo que envió su castigo. Cruel a ojos de los hombres. Justo y proporcionado para Sus designios. Imposible negarlo. Porque el castigo debía obedecer a una causa. Era una penitencia, una mortificación, una prueba. La cruz con la que el bueno de Bernabé habría de cargar durante toda su vida. Su amino de santidad o, cuando menos, su vía de purificación.

En su mente puritana y arrepentida, jamás se atrevió a nombrarla como "inmaculada concepción". No hubo trato carnal, por supuesto, pero tampoco pureza de espíritu. De modo que el acontecimiento, que parecía obra del mismísimo diablo, debía ser, por el contrario, el castigo divino a sus pensamientos impuros y lascivos, por vagos e inconcretos que fueran en su desarrollo y nula su manifestación carnal.

Bernabé, que quería olvidarse de Dorita y de todo el género femenino, igual que trataba de esquivar las llamadas de las longanizas y chuletones, comprobó que en su hombro se formaba la marca que presagiaba su particular pasión terrenal.

Al comienzo no le dio la menor importancia, ni asoció aquella imperfección, que por entonces era diminuta, con ninguna debilidad moral. Simplemente notó un ligero picor en el hombro izquierdo, como una llamada para que prestase atención a aquella zona, y, cuando se puso a rascarse, comprobó que allí, además de picor, había un pequeño bulto. El picor, cuya fuente se encontraba algo más abajo, nada tenía que ver con esa especie de quiste, algo duro pero de tamaño reducido, que le crecía al lado de la paletilla, justo en el hueco por debajo de la clavícula.

Tras tocarlo y después de un primer vistazo ante el espejo, Bernabé no dio a aquel bubón ninguna importancia. Pensó que se trataba de un simple grano. Bien que no estaba enrojecido, pero podía tratarse de una de esas picaduras que parecen quedar enquistadas y tardan bastante tiempo en disolverse, sin dolor ni mayor molestia que su mera presencia. Descartó, por supuesto, ir al médico por tal menudencia. No obstante, por ese vago temor que ante la idea de enfermedad nos hace rayar la hipocondría, cada día, justo al

levantarse, antes de colocarse la ropa, y por la noche, antes de enfundarse el pijama, nuestro curita se palpaba el bulto y lo analizaba de nuevo frente al espejo.

Los días transcurrían y allí seguía el pequeño bulto. A veces pensaba que había aumentado de tamaño; en otras ocasiones le parecía que había menguado. Nunca desaparecía, en todo caso. Así funciona nuestra subjetiva, y a veces aprensiva, percepción.

Sólo a los dos meses de fijarse en el grano Bernabé comenzó a preocuparse. Ahora sí que parecía haber alcanzado un tamaño mayor, casi como un puño bajo una sábana. En muy pocos días su tamaño se había hecho mucho más patente. Quizá no fue tan inmediato y tan sólo bajó la guardia al respecto durante las jornadas precedentes. El caso es que ya, difícilmente, podía convencerse de que aquello estaba dentro de lo normal. Quedaba fuera de toda duda que se tratase de un simple grano. Ni en sus comienzos había tenido huella de picotazo ni una cabeza blanquecina. Nunca tuvo aspecto de pústula. Pero ahora, además de su palidez, mostraba una piel más tensa, mayor tamaño y flexibilidad. A veces creía notar que un líquido se movía bajo la piel cuando agitaba el brazo. Entonces imaginaba que aquello fuera un quiste, no sabía de qué tipo. Deseaba que fuera un bulto hecho de grasa, o uno de esos granos extraños que incluyen un pelo enrollado en su interior. En sus peores pesadillas imaginaba que allí dentro hubiera alguna clase de parásito, un pequeño gusano o una tropa de microbios pululantes bañados en plasma. No dejaba de ser irónico que él, el cura que siempre rehuía los perros, gatos y otras bestias, el que, nada cristianamente, los apartaba con el pie o a pedradas, se hubiera contagiado de los males de aquellas sucias criaturas.

Al cabo se sintió lo bastante mortificado por su extraña tumoración que decidió acudir al médico. Él siempre había sentido recelo de los médicos y la ciencia que éstos representaban. Recelaba, de hecho, de cualquier ciencia, y hasta de la filosofía, que tanto mal habían causado a la fe, atacándola desde el materialismo o la supuesta racionalidad. Pero, ya que sus súplicas al Señor no causaban la disminución del bulto, a Bernabé no le quedó, a su parecer, más opción que la de acudir al enemigo. Eso sí, ya que en el pueblo había despotricado a sus anchas con respecto a don Aurelio, el buen doctor

de la localidad, decidió acudir a la ciudad a hacerse ver por un especialista en afecciones de la piel. Era consciente de la hipocresía que aquello suponía por su parte. Si la medicina era dudosa, mantendría esa condición fuera cual fuera el galeno que la aplicara. No obstante, se convenció de que su doblez estaba justificada. Todo lo hacía, o ése era su manifiesto parecer, por su parroquia, para que sus ovejas no se descarriaran ante la debilidad de su pastor. Mejor que ellos no supieran de sus dolencias y sus miedos, igual que nada debían saber de su indomable gula y sus no menos exigentes impulsos carnales.

El doctor, un anciano simpático llamado don Gabriel, palpó el bulto, lo examinó a la lupa y ordenó varias pruebas, análisis de sangre y orina, ecografía y biopsia incluidas.

-Creo que se trata de un tumor benigno –le anunció en esa primera visita previa a los resultados-, pero hay que confirmarlo para descartar todo lo demás. No se ven más alteraciones que las derivadas del volumen anómalo de la región.

A Bernabé se le grabó en la imaginación aquel "todo lo demás" que sonaba amenazador y terrible, como una condena que pendía sobre su persona. Pensar en cáncer o cualquier enfermedad hacía que las rodillas del pobre cura temblasen incontrolablemente, así que, antes de estrechar la mano al doctor, se persignó y suspiró sonoramente, a la vez que dedicaba a su curación una más entre las numerosas oraciones que ya había pronunciado en su propio beneficio.

A la semana, Bernabé volvió para hacerse las pruebas encargadas. Aquellos días habían sido horribles para él. Obligado a disimular en misa y ante sus parroquianos y, a la vez, consciente de aquella presencia extraña en su hombro que, en su viva imaginación, amenazaba con invadir toda su espalda. Llegó a soñar que del bulto brotaba un demonio infernal, como una representación onírica del mal que sospechaba lo acosaba desde allí.

-Es sumamente extraño –le anunció don Gabriel en la siguiente consulta-. Lo que usted tiene en la espalda es, sin duda, benigno, pero muestra una estructura un tanto extraña. Diríase que muestra los rudimentos de una anatomía humana en su interior, como si fuera un pequeño embrión dentro de su hombro. Mi consejo es mantenerlo controlado, sin intervenir mientras no crezca en demasía.

Bernabé sintió repugnancia de sí mismo. ¿Cómo podía formar su propio cuerpo aquella cosa extraña? Don Gabriel le comentó que, en ciertas ocasiones, dos hermanos gemelos, como extraños siameses, quedan unidos para siempre, uno diminuto y dentro del otro, del que sí se llega a desarrollar. Sospechaba el galeno que lo que se alojaba en la espalda del curita era su gemelo sin desarrollar, atrofiado e incompleto. Pero, si así sucedía, ¿por qué hasta ahora no se había manifestado? El médico no supo explicarlo y, quitando hierro al asunto, indicó que, posiblemente, se trataba sólo de un quiste. No parecía peligroso, añadió, pero convenía mantenerlo vigilado, por lo que emplazó a Bernabé para una nueva cita en quince días, contando con que no hubiera imprevistos.

Bernabé regresó al pueblo. Más confuso que antes de partir. Y sería simple aprensión pero, durante las dos semanas que transcurrieron tras la visita, tuvo la extraña impresión de que el bulto se movía y, tal y como llevaba tiempo imaginando, crecía a ojos vista.

-No me cabe ninguna duda –anunció don Gabriel en la siguiente visita, tras realizarle otra ecografía y consultar a varios compañeros que lo acompañaban para la ocasión-. Lo que usted lleva ahí es un ser humano en miniatura, intentando desarrollarse.

Lo que para el doctor era la simple constatación de un hecho para Bernabé era la confirmación de una pesadilla. De nuevo se le representaron en la imaginación las vivas imágenes de sus sueños en los que un demonio rojo y colmilludo salía de su tumor rasgando la piel entre terribles dolores.

-¿Voy… voy a tener un hijo? –se atrevió a preguntar, preso de una gran congoja.

Don Gabriel pareció sonreír con la mirada y, tras meditar, emitió, a modo de respuesta, su diagnóstico:

-En cierta manera, así podría ser. La criatura que usted porta en la espalda se asemeja bastante a un pequeño feto, con la salvedad de que se trata, posiblemente, de un clon suyo. No obstante, dudo mucho de que llegue a desarrollarse. Desde luego no a término. En todo caso, habrá que plantearse el intervenir quirúrgicamente y extirparlo en el caso de que prosiga su progresión. Y no voy a engañarle al respecto. Mi mayor temor… –consultó con la vista a sus

compañeros y rectificó- Nuestro mayor temor es que compartan algún vaso o nervio importante cuya sección pueda causarle a usted serios daños.

"Por favor, arránquenme al demonio como sea", estuvo a punto de gritar nuestro Bernabé. Pero se contuvo, se limitó a suspirar y rezar en silencio: "Señor mío, aparta de mí este cáliz".

Con tan funestas noticias, Bernabé regresó al pueblo. El bulto ya no era una mera incomodidad. Se trataba de un peligro anunciado y, por demás, de una deformidad cada vez más difícil de ocultar, incluso con la casulla.

Bernabé apenas se dejaba ver en público más que en los inevitables oficios. Mantenía la parroquia en penumbra, con la excusa del recogimiento y el ahorro energético. No visitaba a sus feligreses ni acudía a las invitaciones. No se atrevía a mirar a los ojos a quienes le pedían confesión. Apenas acertaba en los sermones y le temblaban las rodillas al dar la comunión. Él sabía que su mal no era sólo de índole física sino moral. Era un castigo a sus pecados. Su "demoníaca concepción", por contraste con la inmaculada divina, debía ser obra del demonio por sus malos pensamientos, o una prueba enviada por el Señor con el fin de mortificarlo por sus numerosas faltas. Era un castigo por su libidinosidad, por observar con ojos golosos a las parroquianas, sobre todo a la casta Dorita que, sin pretenderlo, excitaba sus partes pudendas.

Bernabé se sometió a todo tipo de penitencias: se privó de los alimentos y bebidas que más le agradaban, se obligó a llevar el cilicio bajo los ropajes y a flagelarse en privado cada noche, antes de dormir. Realizó ayunos, pasó las noches en vela y rezando, mortificó sus carnes y su espíritu, pero de nada le sirvió la contrición. Si pensaba que el monstruo moriría sometido a tales penurias, lo cierto es que el bulto creció aún más, hasta alcanzar el tamaño de una sandía. Y, ya que el aborto no se producía y la tumoración era imposible de ocultar, Bernabé se tomó una licencia por enfermedad y dijo a sus feligreses que debía marcharse para atender a un familiar seriamente enfermo. A nadie sorprendió la enfermedad, aunque sí, y mucho, las prisas con que se marchó del pueblo. Incluso el obispo, poco acostumbrado a tales

urgencias, lo amonestó severamente por ponerle en la tesitura de buscarle quien lo supliera en la parroquia de la noche a la mañana.

Ajeno a todo lo demás, Bernabé sólo estaba pendiente del engendro a su espalda. Dolía, pero no demasiado. Era incómodo, aunque no alcanzaba el nivel de incapacitante. Bernabé no soportaba la sensación de llevarlo dentro, de sentirlo moverse, de notar el latido de un corazón extraño bajo su piel. Ante todo, la criatura suponía una agresión para la tranquilidad de su alma.

-Por favor, doctor –suplicó al médico-, debe librarme de este monstruo.

-Entiendo su congoja, amigo mío –trató de serenarlo don Gabriel-, y le aseguro que ya falta bien poco para que podamos intervenir. Pero aún no es el momento. Comprenda que, si extraemos ahora a la criatura, cometeríamos un crimen y la condenaríamos a muerte.

Bernabé se sentía bien dispuesto al asesinato, por más que tales pensamientos no fueran propios de un sacerdote. Hubo de morderse la lengua para no suplicarle que acabase de una vez con el monstruo. En lugar de ello, respiró hondo y rezó en silencio, aceptando su culpa y su castigo a la vez que pedía al Altísimo que volviera a concederle Su gracia.

El doctor buscó alojamiento para Bernabé en una fonda no lejana de su clínica. Cada día evaluaba a su paciente y trataba de infundirle ánimos. Bernabé, entretanto, permanecía encerrado, sintiéndose como un Cuasimodo moderno. Al cabo de tres semanas más don Gabriel acudió a buscar a su paciente acompañado de un par de especialistas amigos suyos que, admirados, lo reconocieron de arriba abajo antes de mandar a los enfermeros que lo bajaran a la ambulancia para ir al hospital.

-Es el caso más extraño al que nunca me he enfrentado –señaló el obstetra encargado de atenderlo una vez allí.

Los médicos comentaron en voz alta su caso, como si él no estuviera allí:

-Tal vez sea una partenogénesis masculina –opinó uno.

-Yo me decanto, más bien, por un desarrollo gemelar adulto –señaló más tarde don Gabriel, autoerigido en experto en la materia.

-¿Han descartado que el sujeto sea, realmente, una mujer? –señaló un tercero.

-Es hombre, sin duda –don Gabriel, orgulloso de su hallazgo.

-Lo que es, sin duda, es un milagro –apuntilló el primero en hablar.

Y Bernabé ya no escuchó más. Se quedó con la apreciación de que se trataba de un milagro y se puso a llorar como un bobo en la camilla en la que lo llevaban al quirófano. Sintió un sueño indecible, un sopor que lo arrastraba más allá de cualquier pensamiento o sensación.

Oscuridad.

Murmullos. Olores. Luz tenue.

-Bernabé, ¿me oye? –la voz lejana de alguien conocido. La voz de don Gabriel, identificó por fin, tratando de abandonar su torpor, de abrir los ojos y la consciencia.

-Ya vuelve en sí –una voz femenina.

-Todo ha ido bien, increíblemente bien.

Bernabé quiso recordar: la ambulancia, la conversación de los médicos, la camilla, las luces, la anestesia… ¡El monstruo!

-¿Ya me lo han quitado? –preguntó el paciente, con voz pastosa.

-¡Oh, sí! Ya hemos extraído la criatura. Está viva, sana, completa. Un varón, obviamente.

-Eso, eso es imposible –quiso razonar el convaleciente.

-También lo pensábamos nosotros y, sin embargo, se trata de un bebé perfecto. ¿Lo quiere ver?

Bernabé negó con la cabeza, intentó girarse, ponerse de lado para dar la espalda a todos, y entonces fue consciente del inmenso dolor en su espalda, consecuencia del costurón y los puntos recientes.

-Tranquilo, tiene fresca la herida –dijo don Gabriel, sin ápice de preocupación en su voz-. Pónganle un somnífero –ordenó-. Ya volveremos más tarde.

Oscuridad.

Luz, menos dolor. Torpor. El vago recuerdo de una pesadilla.

-¿Se encuentra usted mejor? –una voz femenina, la imagen de una enfermera- Doctor, ha vuelto en sí.

Pero la pesadilla no se borró. Los médicos seguían hablando orgullosos de la criatura. Perfectamente formada, algo inmadura. Estaría una semana en la incubadora, en observación, sometida a continuo y exhaustivo análisis.

Bernabé sintió el alivio de lo resuelto. Ya no llevaba al monstruo dentro de sí. Su Pasión había concluido. ¿O no? Él quería deshacerse del monstruo, olvidarse de la criatura. No se trataba de un pensamiento racional, sino de un impulso animal. Pero los médicos se empeñaron en que viera al ser. Bernabé todavía tenía fresca la herida que le recorría media espalda, desde el hombro al espinazo, donde se había alojado el tumor. Pero ya podía caminar, y lo llevaron junto a la incubadora, para que viera a aquella aberración.

-En cierto modo, es su hijo –le dijo un doctor, cuyo nombre desconocía-. O su hermano, como prefiera considerarlo.

Y Bernabé miró, y vio que aquella criaturita no era ningún demonio sino un pacífico bebé desvalido, un ser extraño que había nacido de su carne, que se había alimentado de él y por cuya causa su piel había sido rasgada y sus carnes laceradas. Mientras contemplaba al pequeño, supo que el Señor lo había perdonado. Lo había castigado por sus pecados, le había enviado aquella prueba y Bernabé la había superado. O así fue como él lo vio desde entonces.

-Lo llamaré Lázaro –pronunció en voz alta, sin pensar, sin haber decidido racionalmente que iba a quedarse con su hijo.

Nadie dijo nada. El médico le sonrió y le dijo que, en unos días, sacarían a Lázaro, el resucitado de su carne, de aquel encierro y podría acunarlo en sus brazos.

Por el momento lo alimentaban con leche de otras madres, pero luego habría que buscarle una ama de cría, o preparados para biberón. Entretanto aún restaban muchas pruebas y análisis. De aquel caso saldrían, según presumían los médicos, datos suficientes como para organizar un congreso en toda regla, por lo inaudito y sorprendente.

Bernabé los dejó planificar su futuro. Él se negó a aparecer en cualquier informe y a que su niño quedase incluido en los artículos médicos de cualquier modo que no fuera anónimo.

A las dos semanas se marchó del hospital con Lázaro. Con él en brazos regresó al pueblo.

-Es el hijo de mi hermana. La pobre falleció, por su mala cabeza, y ahora yo debo hacerme cargo del pequeño. Se llama Lázaro.

Tal fue el anuncio y explicación que dio Bernabé a los parroquianos. Buscó ama de cría y se preocupó de que el pequeño tuviera acomodo en la casa parroquial. Ni se le pasó por la cabeza el entregarlo en adopción o dejarlo a cargo de gente ajena, por buenos cristianos que fueran.

La gente, sorprendida al principio, pronto se acostumbró a la novedad. Aunque había quien afirmaba que el pequeño era suyo, no hubo quien pudiera demostrarlo. No llegó barragana a la parroquia, ni la doncella del cura fue sustituida por otra más joven. Así que ya no se indagó más, aunque nunca nadie tuvo constancia de que el sacerdote tuviera hermana o familia más allá de la criatura que trajo al pueblo.

Lázaro recibió una perfecta educación cristiana, aunque su padre nunca le confesó su origen ni el parentesco que los ligaba. El crío creció sano, dulce y bueno. Con suficiente inteligencia y corazón como para cursar estudios con los escolapios y, más tarde, ingresar en el seminario, para orgullo de Bernabé, que le dio todo su apoyo como le había inculcado toda su fe.

El buen cura murió antes de que su hijo fuera ordenado sacerdote, pero en la parroquia sí tuvieron ocasión de ver ejercer al buen mozo pues, antes de ser asignado a otro lugar, pasó una temporada, a petición propia, en el pueblo donde había crecido, sermoneando desde el púlpito donde tuvo cátedra Bernabé.

Curiosamente, nadie pareció apreciar el inmenso parecido con su antecesor. Bernabé sí era plenamente consciente de la identidad. El chico siempre había sido una copia suya con menor edad, casi como dos gotas de agua. Conservaba fotografías de su familia y no cabía duda, por más que se acentuaran las pequeñas diferencias y se cambiase el aspecto. Sin embargo, los parroquianos habían pasado muchos años viendo entre ellos a un hombre mayor al que no identificaban con aquel

jovencito. Bernabé había estado casi cuarenta años en la parroquia y el chico, al que habían visto crecer, aún no llegaba a los veinticinco.

Con todo, no dejaba de ser curioso que doña Leocadia, dama notable de la localidad, beata consumada y, para su desgracia, anciana demenciada, fuera la única persona que, como cosa natural, acudía a misa dispuesta a escuchar el sermón de don Bernabé, aquel joven mozo tan bien plantado que acababa de llegar al pueblo como cura párroco. De poco servía que su hija, Dorita, le repitiera una y otra vez que el chico se llamaba Lázaro y que Bernabé había sido su tío. Doña Leocadia pensaba que ella era aún joven y que vivían en otro tiempo, casi cuatro décadas atrás, cuando el rostro del viejo sacerdote aún podía confundirse con el de su retoño.

Juan Luis Monedero Rodrigo

QUISIERA SER CONSERVADOR

Desearía quedarme como estoy, sin ningún cambio. Desearía que todo el género humano permaneciera inmutable, hoy y en el tiempo venidero. No convertirme en mascota o eslabón perdido para los seres del futuro, no dejar de ser rey de la creación y pasar a caricatura de hombre, a residuo de la evolución. Prefiero extinguirme, que se extinga mi raza, antes que dejar de ser el humano que, pese a las imperfecciones de la especie, hoy me siento.

El temible burlón

LAS LECTURAS DE UNA VIDA

Uno puede aprender a leer con tres o cuatro años. Por decisiones gubernamentales, levemente justificadas en vagos argumentos científicos, la mayoría de nuestros críos se ponen a juntar letras con seis años cumplidos, pero ésa es otra historia. Al principio es mágico silabear y formar palabras, aunque apenas tengan sentido para nosotros. Luego se unen y uno va familiarizándose con ellas. Y entonces llega la verdadera magia: se forman letras, párrafos… ¡historias! La lectura se convierte en vehículo de información, en fuente de saber y diversión. Por desgracia, muchos apenas logran pasar del silabeo aunque, para los más, al menos se alcance la lectura comprensiva. Y lo lógico y razonable es que con la edad se evolucione

en los gustos y lecturas. Resulta significativamente triste que la evolución lectora de un individuo empiece y acabe con la prensa deportiva o la del corazón.

Lo natural es que se produzcan distintas fases, pero con un claro progreso en los contenidos. Primero uno lee, y relee, los cuentos que le son relatados. Los que el padre, la madre, un hermano, los abuelos, la niñera o un simple amigo de más edad o recursos nos ha leído. Tal vez, incluso, descubra que esos cuentos narrados de memoria, o por mera imaginación, mientras estaba tendido en la cama antes de dormir o junto a un grupo de chicos más crecidos, existen en papel y uno puede disponer de ellos y rememorarlos cuando lo desee.

Más tarde se animará, y lo animarán, a leer libros infantiles. Con algo más de contenido que esas chorradas de texturas, colores y monigotes con que se bombardea a los pequeñines. En este paso cuenta, y mucho, el ejemplo de los mayores. El niño puede emular a sus padres si ellos son lectores o puede enamorarse de la lectura si ha tenido la oportunidad de leer un solo libro. Pero, por desgracia, en ocasiones los adultos conseguimos convertir el libro en bicho raro, aburrimiento o castigo. Cuántos padres incultos se lamentan de que sus hijos no toquen un libro. Cuántos niños y jóvenes huyen de ellos como de la peste, cual si fueran portadores de alguna infección terrible. Y, sin embargo, qué difícil olvidar esa emoción reflejada en algún rostro infantil cuando repasa satisfecho las páginas de su libro, llenas de historias, de sentimientos, de aprendizaje, de curiosidad. Si se te abre el apetito por la lectura es difícil perderlo. Lo natural es volverse voraz, ávido por devorar uno tras otro nuevos libros. Acceder a diferentes autores y personajes, a nuevas historias. Algunas que nos son recomendadas, otras que despiertan por una u otra razón nuestra curiosidad. A veces, simplemente, porque nos han regalado un nuevo tesoro de papel y tinta. Tal vez el libro es un regalo espontáneo, escogido por cualquier razón, o quizá el volumen fue sugerido por nosotros tras leer una reseña o contemplar un cartel o anuncio promocional, quizá por ver una simple portada que nos llamó la atención. No diremos que no hay libro malo, pero casi todos ellos, tal vez incluso el peor de ellos, es más deseable que la página en blanco

del cerebro inmaculado, impermeabilizado a las letras y alérgico a la lectura.

También es razonable que nuestro interés por los libros recorra un largo camino, sembrado de fases. Que pueden transcurrir independientes o mezcladas. No es raro que uno, ya de mayor, recupere algunas lecturas y gustos del pasado. Ni que conserve aficiones que no parecen, al entender de muchos, acordes con la edad del presente.

En este aprendizaje y evolución de las lecturas, no es mal aperitivo el gusto por los tebeos, eso que ahora se empeñan en llamar *comics*, como si el anglicismo volviera más respetable el cuadernillo de estampas. El de las viñetas es, de por sí, un género perfectamente válido, lleno de submundos y esferas de influencia. Tal vez empezaste a leer mortadelos, zipi y zapes, al inefable Superlópez o tebeos foráneos, tipo Astérix, los pitufos –ésos smurfs reconvertidos para que su nombre no nos suene a gruñido- o historietas de Mickey Mouse y compañía. ¡Qué de recuerdos! ¡Cuántas aventuras! Simples quizá, pero siempre divertidas y llenas de color. Creces un poco y tal vez caen en tus manos el capitán Trueno, Esther y su mundo o Flash Gordon. ¡Hay tantos personajes! Casi igual de simples que los anteriores, pero parece que el realismo del dibujo los hace más adecuados a tu nueva edad. Igual que los superhéroes, todos esos tipos en mallas a los que admiras en su ridiculez. Algunos con vidas de adolescente o problemas de adulto entre sus extrañas experiencias contra supervillanos y archienemigos. Tal vez llegues a la edad adulta y sigas leyendo esas mismas historias, u otras más serias pero igualmente acompañadas de pinturas y bocadillos.

Tal vez te empapabas de tele y veías miles de personajes, algunos de los cuales te acercaban luego a los libros que los inspiraban, llevándote a leer Heidi, De los Apeninos a los Andes, Ivanhoe, Los tres Mosqueteros o el mismísimo Sherlock Holmes. No estaría mal si aquello sirvió para despertar tu imaginación y no sólo para aniquilarla, como tantos programas de la caja tonta.

Quizá, adolescente, te han orientado –o te has orientado tú mismo- hacia otras lecturas más serias. Habrá quien leyera las historias detectivescas de los cinco, quien se aficionara a las

peripecias de Guillermo el travieso o el pequeño Nicolás. Habrá quien se enganchase a historias fantásticas, de terror, con vampiros, zombis y demás, a su Harry Potter, Sus Dragones y Mazmorras, los viejos libros –que tan modernos parecían entonces- de elegir tu propia aventura, o el nada apropiado El Señor de los Anillos, devorado por adolescentes que quizá no captan del todo su profundidad. Otros se engancharon a la ciencia-ficción, la novela de aventuras o, ya desde entonces, a la novela histórica. Los más, seguramente, alternaron tales gustos y diversiones con las lecturas de clásicos, obligadas o por gusto. Algunos como parte de su formación académica o personal, otros, los más afortunados, con verdadero placer, descubriendo los maestros del pasado y adquiriendo un cierto bagaje, con la idea de que son libros que hay que leer. Así se leen quijotes, shakespeares, homeros, dickens, flauverts, dostoievskis y compañía. A veces sin sacarles el jugo, otras forzándose para soportar el rollete. En ocasiones embelesándose con los textos y el autor. Tal vez también se deje llevar por modas o veleidades ajenas y se acerque a autores como Cortázar, Miller, Joyce o cualquier pseudointelectual con sus nuevas literaturas, sus autoayudas, sus filosofías de salón, sus políticas o su gran burbuja vacía.

No hablemos aquí de libros de texto o apuntes, que eso es otra cosa. Sí podemos contar con los libros y revistas divulgativos, los textos técnicos, los tratados de historia o ciencia. También ellos pueden marcar en gran medida nuestra mente.

Sea como sea, de todo lo que hayamos ido leyendo surgirá el adulto forjado en sus particulares, subjetivos y manipulables gustos. O el lector que se deja llevar por el oleaje y sólo lee modas, superventas o premios.

Lo innegable es que sus lecturas, sus aprendizajes, sus experiencias en papel –o en formato electrónico- seguirán evolucionando con cada lector a lo largo de su vida. Y tampoco puede negarse –ningún lector consecuente se atrevería a hacerlo- que, en cierta medida, nos convertimos en aquello que leemos, dejándonos conquistar, influenciar, convencer, por voces ajenas que hacemos la nuestra, que nos inspiran, que nos hacen pensar y sentir, que forman parte de nosotros y de nuestro modo de vivir y percibir el mundo.

Bueno, admitamos que buena parte de la población no lee y muchos se han quedado en el Marca, el Hola o los periódicos partidistas… Bien, a ésos no sé si los habrán formado mucho sus lecturas. Quizá sí, aunque no creo que muy profundamente ni para nada bueno. Pero para el resto –escaso- de los mortales lectores, la literatura es algo más que papel e historias.

Juan Luis Monedero Rodrigo

MIS VERSOS

I

Mis versos, silenciosos epitafios sobre el papel
guardan riguroso luto en forma de tinta añil
poniendo voz al hermetismo de mis pensamientos.
Mi cuaderno, una fosa común de sueños
que maniatados y amordazados yacen
a la espera de que el tiempo los sepulte
cubriéndolos con su pátina de olvido.
La realidad, difractada en los mil colores
de un prisma newtoniano roto en pedazos,
abrasa mis córneas cansadas de no ver
un rayo de luz blanca en la oscura noche
que alumbre la gris atmósfera de mis días.

II

Me gusta ver llover a través de mi ventana,
escuchar cómo el agua chapalea en el suelo
y minúsculas gotas dibujan formas imposibles
arañando en silencio el cristal que me separa
de sus húmedas manos y el calor de mi celda,
donde, a resguardo, contemplo el cielo encapotado
surcado de electrificantes serpientes
que entre el estruendo atronador del trueno sisean
centelleando como luciérnagas en el horizonte.
Me gustan los días grises, lluviosos, melancólicos
porque es en ellos en los que me siento flotando
a la deriva entre los charcos que alfombran mi calle,

viendo en ellos tu sonrisa refulgiendo
como una constelación en las densas tinieblas
que habitan, como seres lovecrafianos, mi cabeza
haciéndome enloquecer entre llamas de hiel
cuando no estás junto a mí, a mi lado, en tardes
de lluvia y silencio, como ésta, en que entre versos te añoro
oyendo repiquetear en el alfeizar de mi memoria
el calor de tu aliento fundiéndose con el mío.

Ignacio Barroso Benavente

SUSTANCIA

Durante mi primera visita me causaron una lástima enorme. Sus patéticas vidas y sus esfuerzos infructuosos, o casi, por mejorar su existencia, sólo podían mover a piedad. Y eso que, bien mirados, estos tipejos distan para un humano de ser hermosos, débiles o tiernos, cualidades ajenas que parecen activar nuestra emotividad.

No, los k'mes no son dulces ni frágiles. Al contrario, para una mirada poco acostumbrada a tratar con xenobiontes, habrían de pasar por monstruos. Que nos resultarían temibles si a su aspecto extraño y fiero añadieran un tamaño más amedrentador que su escaso metro y medio de estatura.

Cuando estuve en su mundo por primera vez lo que me causaba verdadero pavor no era su presencia. Son extraños, como cualquier extraterrestre lo es para un humano. Aunque son de los menos extraños para el ojo no acostumbrado. Tienen un aspecto ciertamente humanoide. Son seres delgados, más bien enjutos, cubierto por un exoesqueleto rígido y duro que nos hace recordar los de esos insectos que tanto nos suelen repugnar. Su cuerpo estilizado se asemeja al de un himenóptero, a una de esas avispas de cintura estrechísima y largas patas, y el extraño terciopelo que recubre su piel coriácea me recuerda a esos escarabajos velludos y repugnantes que uno, a veces, encuentra cerca de las porquerías. Los k'mes tienen cuerpo, y extremidades en número de cuatro, como brazos y piernas, y hasta tienen rostro, aunque los órganos de sus sentidos confunden a la observación humana al no ser capaz de reconocer ojos o boca en su

superficie, por más que existan y se hagan presentes cuando nuestro interlocutor se digna atendernos y mostrárnoslos. Entonces, cuando nos miran a la cara, se diría que casi son humanos y uno es capaz de percibir en los rasgos de su rostro las preocupaciones y problemas que los agobian.

Los k'mes pueden ser raros. Incluso en su comportamiento. Pero no son aterradores en absoluto. Antes al contrario, son un pueblo sumamente civilizado y educado. Hospitalario hasta el extremo y atento a cualquier necesidad de sus huéspedes. En este caso el huésped era yo y, salvada la dificultad de la extrañeza, cuando los llegué a conocer y logré una comunicación fluida con ellos llegué a apreciarlos de veras. Y a sentir lástima por sus miserables existencias.

Pero he dicho que no era su aspecto lo que me espantaba. Para entonces a lo que ya había llegado a temer era a su inhóspito mundo. De ahí la pena por ellos. Porque si ellos eran encantadores y solidarios tenía mucho que ver con las necesidades de su propia especie. En un mundo que, literalmente, es capaz de derrumbarse sobre nosotros a cada instante la solidaridad es un arma mucho más eficaz que la competencia. Se me dirá que el motor de la evolución es la selección natural, tanto en la Tierra como en el resto del universo, y en eso estoy de acuerdo. Pero si en otras partes las sociedades de organismos y el altruismo constituyen a veces soluciones válidas en la lucha por la existencia, en el mundo de los k'mes aquella colaboración era una necesidad. Uno no siempre tiene que competir con otros seres vivos. También puede ser importante la lucha contra los elementos. Y así sucedía en la Tierra de los k'mes. No olvidemos que a su planeta lo llaman Shatak, término que viene a significar algo así como infierno. De hecho es así como traducen las palabras que nuestros misioneros han tratado durante décadas de transmitirles infructuosamente al enseñarles el contenido de nuestras Sagradas Escrituras.

Yo no soy misionero. No pertenezco, en realidad, a ninguna religión mayoritaria. Tampoco soy diplomático, aunque en ocasiones me he sentido como un auténtico embajador. Soy, meramente, representante comercial de la Compañía de Bienes Extrasolares, ya saben, la principal distribuidora no estatal que se dedica al trueque

con civilizaciones subtecnológicas. A las empresas, desde tiempos antiguos, les ha sonado mal eso de llamar a sus empleados representantes, así que mi rimbombante cargo en el organigrama de la CBE era el de Consejero Adjunto para Asuntos Interplanetarios. Suena mucho mejor, ¿verdad? Así que fui enviado a Shatak para comerciar con los k'mes. Y yo, obviamente, no sabía por entonces nada de aquel mundo alejado de las corrientes de la civilización ni de sus primitivos pobladores que estaban llamados a convertirse, por las buenas o por las malas, en clientes de mi empresa.

Un comercial tiene que saber interpretar las reacciones de la gente. Leer en sus gestos, en sus miradas, en todo su lenguaje no verbal, aquellos mensajes que le permitan aumentar las opciones de negocio. Yo soy un buen comercial y, cuando mi predecesor en Shatak fue a recibirme a mi llegada, comprendí que aquel lugar no era el paraíso. Yo sabía que el tipo había estado esperando su traslado durante un par de años y se decía que padecía de estrés laboral. Yo, al verlo, supe al instante que simplemente estaba loco. Chalado, demenciado, ido. Como se quiera decir. Pero no en sus cabales. Estaba tremendamente asustado y, a la vez, se sentía aliviado en mi presencia. Comprendí que yo era su salvador y que lo que lo asustaba era algo de aquel lugar.

No tardé en entender la causa de su miedo, que yo también empecé a compartir y, como él, jamás fui capaz de superar. Quiero pensar, eso sí, que yo no perdí el juicio como él. Tomamos un extraño vehículo, como una pequeña carroza cerrada y acolchada por todas partes de la que tiraba un extraño ser, algo así como el equivalente k'mes de nuestros viejos caballos. Un k'mes lo conducía plácidamente por las calles de la ¿ciudad? Aquel páramo lleno de ruinas por el que marchábamos era, supuestamente, la capital de aquel lugar. La ciudad más grande de aquel planeta en el que no existían estados ni organizaciones mayores que la aldea o el municipio. Todos eran k'mes, simplemente.

Mi primera idea, cómo no, fue achacarlo todo al tremendo atraso de aquella pobre gente. Los caminos malamente trazados en el barro, unas viviendas miserables que más parecían tiendas de campaña o aquellas primitivas yurtas redondas de los tártaros que

tuve ocasión de ver en viejos documentales, la falta de infraestructuras y tecnología. Todo hacía pensar en el considerable atraso de los pobladores de aquel lugar.

-¿Cómo se llama este sitio? –pregunté a mi compañero, por decir algo, más que por la curiosidad de saber un dato que no me había sido proporcionado.

-No tiene nombre –me dijo con su nerviosismo habitual, usando de sus gestos llenos de tics maniáticos-. Ellos tienen nombres, los lugares no. ¿Para qué? –preguntó retóricamente y prolongó la cuestión sin respuesta con una carcajada de lunático.

Llegamos a una de las tiendas y mi compañero me dijo que era la sede de nuestras oficinas. Al ver aquello el alma se me vino a los pies. ¿Quién podía ser tan mezquino? En aquel lugar miserable debería pasar buena parte de mi tiempo, idea que no me resultaba en absoluto agradable. ¿Acaso también sería así mi alojamiento? La CBE siempre buscaba edificios emblemáticos e impresionantes para asentar sus oficinas. Siempre alojaba a sus representantes –consejeros adjuntos- en los mejores hoteles. Era parte de la política de empresa. Apabullar a los nativos era un buen modo de lograr su colaboración y su sumisión. Hablo desde un punto de vista comercial, entiéndanme. No soy un esclavista ni nada parecido; para mí la mejor forma de sumisión es ver a alguien luciendo nuestros productos con su logotipo, dispuesto a pagar lo que se le pida por lograr cualquier baratija.

Mi compañero contemplaba mi rostro y se sonreía, sin perder su expresión de alucinado. Descendimos de la carroza y entramos a la tienda. Sus paredes, de una tela semejante a la de nuestro transporte, estaban igualmente acolchadas. Y el suelo parecía una cama de agua gigante, inestable e hinchado con algún fluido de relleno. El mobiliario era más bien escaso. Lo único que destacaba poderosamente la atención era la computadora, un modelo avanzado alimentado por un generador autónomo de última generación. Por lo demás, el mobiliario era ridículo: unas sillas y mesas de algo parecido al mimbre, tan ligeras que a la vista su aspecto era de fragilidad y una serie de panfletos impresos en material orgánico, semejante al antiguo papel. Eran nuestros catálogos.

Sólo tuve tiempo de echar una ojeada a los objetos. No llegué a deprimirme porque no tuve tiempo de pensar en ello. Ni en mi futuro. Al menos por el momento. Porque, nada más entrar, se produjo una violenta sacudida que hizo temblar la cama de agua que constituía el suelo y las leves paredes acolchadas. Me sentí como si estuviera dentro de un túnel de viento o nadando en una playa turbulenta: violentas ondas recorrían el suelo y las paredes temblaban como hojas. Debí ponerme pálido. Estaba tan mareado que apenas era consciente del pánico que me invadía. Creo que me caí un par de veces y me golpee contra el acolchado. Al poco, los temblores cesaron tan bruscamente como habían empezado.

Entonces busqué a mi compañero. Lo había olvidado por completo. Estaba sentado en el suelo, con un aspecto fingidamente plácido que no cuadraba con los vellos erizados de su cuello. Parecía actuar con relativa normalidad, como si estuviera acostumbrado a aquello.

-Ha sido un terremoto.

Mi primer terremoto. No, desde luego, el último. Ni siquiera lo fue de aquel día. Sólo más tarde comprendí el gesto burlón de mi socio tras su comentario al respecto. El tipo se marchó al día siguiente en la misma nave que me había llevado hasta Shatak. Y no se crean que se tomó muchas molestias en explicarme la situación. Me indicó que aquello era normal y se limitó a describirme poco más o menos el funcionamiento de nuestra sede. Tampoco había mucho que explicar.

No se puede decir que entonces tomara posesión de mi cargo. Mi compañero –no recuerdo su nombre, si es que me lo dijo, por si a alguien le extraña que no lo mencione- insistió en acompañarme al hotel y luego a comer. El hotel era otra tienda inmunda, sin relación con una construcción mayor. Era una habitación y pertenecía a otra persona. Supongo que eso es lo más parecido al hotel entre los k'mes, que alguien te ceda un cuarto. El lugar donde comimos nunca lo denominaría restaurante. Se trataba de la cantina del espaciopuerto, el único lugar donde se podía encontrar comida para un humano. No es que los productos k'mes no fueran comestibles. Venenosos no eran, pero no eran aptos para el paladar humano. La compañía traía

periódicamente cargamentos de comida que se servían en la cantina y que los representantes consumíamos hasta aborrecer su monotonía.

Empezaba a entender la locura de mi predecesor. O eso creía. Me faltaba por comprender el alcance de demasiadas cosas.

Lo primero que comprendí fue el peligro constante en que me encontraba. Lo segundo, la razón de mi presencia en aquel mundo aparentemente desolado. Lo último que logré entender, si es que lo he conseguido en este momento, fue el modo de pensar y comportarse de los k'mes.

Con respecto al peligro, Shatak era realmente el infierno al que se referían sus pobladores. No era un mundo joven realmente, pero tampoco tan antiguo como la Tierra. Tan sólo un poco más grande y generalmente un poco más cálido, con una órbita excéntrica que lo acercaba y lo alejaba de su sol con desesperante periodicidad. Un planeta con mares, volcanes, vientos, lluvias. Semejante a la Tierra, ¿verdad? Pues me temo que no, que sólo lo era en apariencia. Shatak tenía dos lunas grandes y próximas al planeta, responsables, junto con el sol, de unas tremebundas mareas capaces de arrasar la costa y que convertían una jornada en sus soleadas y arenosas playas en una peligrosa aventura. Sus volcanes eran monstruosos. Auténticas moles de roca negra capaces de vomitar sin descanso toneladas y toneladas de lava ardiente. O bien, según su localización, nubes de gases ardientes y fétidas, lluvias de piedras o la caída de auténticas moles de roca en erupciones explosivas y catastróficas. Volcanes enormes, numerosísimos y plenos de una actividad que se veía favorecida tanto por la tectónica planetaria como por las enormes fuerzas de marea del sol y los satélites. Con una densa atmósfera proclive a todo tipo de meteoros. Identificables por su nombre con nuestros vientos, lluvias, nevadas o granizos, pero que, en ocasiones, convertían nuestras inundaciones y tornados en diversiones de feria. Si a esto le añadimos las plagas, los depredadores, las epidemias que asolaban aquel mundo tan vivo y lleno de vida, se comprenderá que Shatak no era, precisamente, el ideal de paraíso que un hombre podría soñar.

Yo, personalmente, vivía en continua tensión. Pendiente de la llegada de cualquier catástrofe natural. Tan frecuentes y terribles que uno no puede hacer otra cosa que esperarla y confiar en que esta

vez sea más leve que la anterior y pase de largo sin causar demasiado daño a la comarca y, sobre todo, a uno mismo. Durante mi estancia en Shatak temí cada día por mi vida. Y me siento afortunado de haber sobrevivido allí durante casi dos años terrestres. Tras los cuales espero no haberle parecido un lunático al pobre tipo que me sustituyó. Creo que mi ascenso fue bien merecido.

¿Qué interés podía tener la CBE en aquel inhóspito lugar? Sencillo. La vitalidad de aquel mundo lleno de vida –basada, como no, en el superabundante carbono-, la presencia de miles de volcanes con magmas de todas las clases posibles y la existencia de tremendas presiones y temperaturas en su maltratado subsuelo era el mejor caldo de cultivo para que se generasen asombrosas cantidades de enormes y purísimos diamantes que, aunque no siempre podían encontrarse y extraerse con facilidad, aunque los yacimientos no eran duraderos y debían ser sustituidos a cada nueva catástrofe, no dejaban de constituir un magnífico negocio, tan boyante que se ha prolongado en el tiempo durante tres décadas y, si no sucede una catástrofe tan terrible que asole el planeta hasta volverlo impracticable para la vida y la minería, deberá seguir aportando pingües beneficios a la CBE y a cualquiera de sus representantes. Yo, sin ir más lejos, tuve la suerte de contactar con una tribu de k'mes que había dado con un yacimiento de magníficos diamantes azules, grandes y perfectos. Hice un contrato con aquella gente y conseguí la exclusiva para la CBE de aquella maravilla que, durante ocho años –hasta que un terremoto alteró la orografía de la zona- rindió varios millones de quilates repartidos en piedras de considerable tamaño y valor, algunas de las cuales viajaron a la mismísima ciudad de Amsterdam, allá en la lejana Tierra, para ser talladas por las mejores manos. De ahí, supongo, mi ascenso. Y bueno, por qué negarlo, también una cierta fortuna personal amasada con esfuerzo y no siendo del todo sincero con mis jefes y los representantes del fisco y las aduanas, con los que espero no tener problemas tras esta espontánea confesión.

La inestabilidad de este mundo explicaba las miserables infraestructuras de sus pobladores. Y explicaba la esencia misma del pueblo k'mes. Una esencia que yo tardé bastante en conocer. Supongo

que nos pasa a todos los que contactamos con esta gente. Siempre se dice pobre gente. Y yo mismo sentí, inicialmente, una gran lástima por ellos. Laboriosos, bondadosos, solidarios. Y tan desgraciados. Golpeados una y otra vez por la catástrofe que no les dejaba tranquilos jamás. Ahora ya no siento lástima por ellos. Creo que es porque los he comprendido. Y me reafirma en mi opinión el proyecto por el que se han decidido a consultarme, como experto que se me supone, en la cuestión de los k'mes. Les agradezco su confianza. Pero me temo que mis opiniones no serán de su agrado ni me considerarán demasiado digno de crédito.

No me crean un insensible. Verdaderamente lamento que Shatak haya sufrido una desgracia tan grande como la que me cuentan. Comprendo cuanto les afectan el dolor de los k'mes y las incontables vidas perdidas allá en su planeta. Pero eso no significa que sienta lástima por ellos ni el deseo de ayudarlos a toda costa a escapar de su terrible situación. Antes de que decidan terminar esta entrevista me gustaría contarles mi opinión sobre los k'mes. Es el resultado de dos años de convivencia y, por más que no la compartan, creo que les vendrá bien conocer un punto de vista diferente.

Ya les he dicho que, en un principio, los k'mes me causaban pena. No se lo he comentado, pero también es cierto que sentía simpatía por ellos. Son buena gente y un humano puede desarrollar por ellos un cierto afecto, aunque la comunicación no sea perfecta, por una simple cuestión de genes y caracteres dispares. Los seres humanos, pese a nuestra historia violenta o quizá debido a ella, tendemos a apiadarnos por los débiles y los sufrientes. Y en aquel tiempo de mi estancia en Shatak nadie me parecía más digno de lástima que el pobre pueblo de los k'mes. Bastaba ver sus problemas día tras día. Cada vez que ponían algo en marcha, cuando reparaban un edificio o intentaban mejorar sus casi inexistentes infraestructuras, llegaba una ventisca o un nuevo terremoto y lo derrumbaba todo. Cuando su cosecha, penosamente mantenida durante semanas iba a entrar en sazón, a punto de ser cosechada, una plaga o el pedrisco la destrozaban. Y eso por no hablar de las víctimas entre los propios k'mes. Entre ellos no existen muchos oficios especializados. La mayoría de los k'mes saben hacer un poco de todo. Supongo que es una

estrategia de supervivencia. Pero sí que tienen un oficio que viene a ser como la materialización de una vocación. Es lo que llaman ser spetch, que viene a significar inventor. Es, no obstante, un término lo bastante vago como para incluir lo que nosotros denominaríamos ingeniero, a la par que la profesión médica y hasta el equivalente de nuestros políticos. El k'mes spetch viene a ser un visionario que cree que puede mejorar el mundo usando de su intelecto. Y, créanme, la inventiva de estos personajes es realmente sorprendente. Sin embargo, pocos oficios hay en la Tierra –ni tan siquiera el de enterrador- que sean ni remotamente tan deprimentes como esta vocación de inventor entre los k'mes. Su violento mundo destruye sus intentos apenas han brotado de su mente a sus manos.

La presencia de estos singulares personajes, junto con la constancia general de todos sus congéneres, hicieron que pronto cambiase mis juicios acerca de los k'mes. Más que de lástima, aquel pueblo aguerrido era digno de admiración. Las duras condiciones de la vida en su planeta los habían convertido en gente tenaces, inasequibles al desánimo. Los k'mes sienten profundamente sus desgracias. Lloran, a su modo, a sus víctimas. Sus sentimientos son profundos y su llanto desconsolado. Añoran a los perdidos e incluso, por más que la costumbre hace el hábito, lamentan los daños materiales. Es digno de observar su reacción cuando una de sus miserables edificaciones se hunde. Son resignados pero sólo en la medida en que aceptan la imposibilidad de cambiar lo que ya ha sucedido. Pero la palabra desaliento no tiene sentido para ellos. Tampoco, al parecer, aceptan el familiar fracaso como cosa inevitable. Quizá están tan acostumbrados a él que cualquier aplazamiento del mismo es considerado por todos un verdadero triunfo.

Recuerdo, por ejemplo, la terrible erupción del volcán que afectó a mi ciudad. No tenía nombre, como nada salvo las personas y poco más lo tiene en Shatak. Y, hecho este comentario, tal vez sea adecuado que divague un poco. Supongo que la falta de nombres es una consecuencia de la fugacidad de todas las cosas en aquel lugar. ¿Para qué nombrar una ciudad que puede ser destruida en cualquier momento o será abandonada cuando empeoren sus condiciones?

Tampoco tiene objeto nombrar los paisajes, los ríos, montes, valles o volcanes. Lo único perdurable es la vida en sí misma, capaz de rebrotar tras la peor de las calamidades. Quizá es por eso que los k'mes se consideran a sí mismos un pueblo nómada. Alguien me dijo, aunque no puedo confirmarlo, que k'mes significa viajero en su lengua. Y esto sí resulta curioso. A lo ancho de todo su mundo, en las zonas que resultan habitables –y este concepto es bien amplio para los k'mes- todos hablan el mismo idioma y todos se consideran un mismo pueblo. Imagino que las duras condiciones de vida les han obligado, a lo largo de su evolución, a permanecer unidos entre ellos. Los k'mes no saben el significado de la palabra guerra. Lo más semejante para ellos es la caza. La solidaridad entre semejantes es la mejor arma para enfrentarse a un entorno adverso. Bastante competencia exige el ambiente como para añadir luchas internas.

Recuerdo, como digo, aquella terrible erupción. La ciudad estaba en una inmensa llanura. Eso fue cuando llegué. Al cabo de un mes, tras terribles e intensos temblores de tierra, un cono volcánico negro y terrible se elevaba a apenas dos kilómetros del pueblo. Los k'mes no parecían atemorizados, aunque intuían la catástrofe que se aproximaba. Entre ellos solían decir que no vale la pena huir de un peligro conocido para enfrentarse a otro indeterminado. Supongo que en su mundo eso tiene sentido. Pero yo estaba muerto de miedo. Apenas me acostumbraba al clima infame y a los temblores de suelo cuando aparecía aquel amenazante volcán. Siempre en erupción, aunque la lava fluida parecía invitar a la esperanza. Los k'mes así lo pensaron, porque pasaron dos meses elevando diques de piedra con los que desviar las coladas, salvar al ganado, las cosechas, las casas. Todo en balde, porque, cumplido ese plazo, el volcán se volvió más violento, su lava más viscosa, la erupción explosiva. A una tremenda explosión la siguieron la lluvia de piedras y cenizas, una nube ardiente que consumió la mitad de las tiendas de la ciudad –incluida la sede comercial de la CBE- y el desbordamiento de los diques que arrasó con casi todo el resto de la población. Yo, menos confiado que los k'mes en la inutilidad de la huida, me fui a otra ciudad tan miserable como la primera pero de peligros conocidos menos inminentes. No obstante, cuando volví a visitar el lugar de la catástrofe, no pude sino

maravillarme. Se produjeron miles de muertes, la pérdida de todas las casas, talleres y negocios, la pérdida de las cosechas. Hubo una epidemia de una extraña enfermedad –también los k'mes padecen, cómo no enfermedades microbianas que, por fortuna, son inocuas para el hombre- a la que antecedió y siguió una persistente sequía que acabó con lo poco que dejó vivo el volcán, con la consecuente hambruna que se llevó tras de sí a otro montón de k'mes. Y, sin embargo, a los tres meses de la desgracia, cuando pasé nuevamente por allí por asuntos de negocios –el volcán había descubierto, tras su explosión, un nuevo yacimiento subterráneo de minerales, alojados en lo que fuera la chimenea de aquel monstruo- vi que los k'mes habían devuelto a su ciudad al aspecto previo a la catástrofe –que para ellos no era sino una más entre tantas- e incluso habían mejorado su situación. Las cenizas del volcán fueron aprovechadas como abono, la colada basáltica sirvió para abrir una cantera y, en resumen, en aquel lugar se respiraba lo más parecido a la prosperidad de que eran capaces los k'mes. A nadie le sorprenderá si le digo que la ciudad fue, en el tiempo en que yo estuve por allí, arrasada en una par de ocasiones más. Primero por una nueva erupción del violento volcán. Después por una inundación que aún fue más terrible en la nueva ciudad que servía de sede a la CBE: un maremoto originado a más de quinientos kilómetros de su localización arrasó todo el país y pasó por encima de mi nueva ciudad. En todos los casos, a los incansables k'mes les bastaba con un par de meses para sobreponerse a la catástrofe y reconstruir su inestable mundo.

Y creo que por eso fue por lo que pasé de la simple admiración hacia los k'mes a tenerles un profundo respeto e incluso verdadero miedo. Porque, bien mirado, era terrible compararse con aquellos tipejos. Yo, al principio, los miraba por encima, con esa mezcla de orgullo y lástima que siempre sentimos ante el que está en peor situación que nosotros. Es fácil mantener ese prejuicio si uno no piensa mucho en ello. Pero yo convivía con los k'mes y debía intentar comprenderlos. Uno acaba odiando aquello que no entiende y aquello que lo supera. Y los k'mes acabaron por inspirarme una especie de odio indeterminado porque cumplían ampliamente ambos requisitos. Un terrestre como yo no podía llegar a entenderlos y estaba claro que

los k'mes me superaban ampliamente en capacidad. Desarrollé hacia ellos temor y un serio complejo de inferioridad. Estoy seguro de que eran más inteligentes que un humano cualquiera. Más tenaces, más solidarios, capaces de trabajar sin descanso, incapaces de rendirse. Pasara lo que pasase siempre se levantaban y volvían a empezar desde cero. No importa lo fuerte que hubiera sido la desgracia. Supongo que es el resultado de una evolución distinta a la nuestra, pero las admirables cualidades de los k'mes me hacían sentir un idiota con suerte. Pensé para mí que, si los k'mes vivieran en un planeta normal, habrían desarrollado una civilización avanzada mucho antes que el hombre. Que quizá serían ellos los que vinieran a la Tierra a robarnos nuestros diamantes o lo que fuera que deseasen de nosotros. Por suerte, si su mundo hubiera sido más normal quizá ellos no habrían sido como son, sino más perezosos o indolentes, al estilo humano. Todo esto soy capaz de racionalizarlo ahora que estoy lejos de ellos. Mientras estuve en Shatak sentía aprensión y vergüenza. Era consciente de mi animadversión creciente por los k'mes y eso me ocasionaba cargo de conciencia. He crecido pensando que no se puede odiar al humillado. Pero yo los admiraba y los odiaba. Aunque en el fondo mi mente retorcida era capaz de burlarse de su mala suerte que me convertía a mí en el colonizador afortunado que fabricaba mi fortuna sobre sus miserias.

No sé si la explicación les habrá parecido sensata o coherente. No sé si es una buena explicación. Pero yo lo siento así. Por eso mi frontal oposición a la idea con la que me vienen ustedes ahora. Si ya antes me parecía una suerte que los k'mes estuvieran encerrados en su mundo sometidos a unas condiciones tan terribles que no les permiten progresar, ahora no puedo aceptar lo que ustedes proponen.

Comprendo que la desgracia que ha caído sobre Shatak es mayor que las habituales entre aquel desgraciado pueblo. Y no crean que me río de su desgracia ni me alegro de que una de sus lunas haya caído sobre el planeta. Entiendo que los k'mes están al borde de la extinción. Entiendo que el clima es peor que nunca: invierno nuclear, maremotos, glaciación. No soy físico ni geólogo así que no comprendo en sus detalles la serie de sucesos que me anuncian. Pero estoy

seguro de que con frío o calor, hambre o plagas, terremotos o inundaciones los k'mes sobrevivirán. Y no me parece buena idea sino todo lo contrario la suya de sacar de allí a los supervivientes e instalarlos en otro planeta menos hostil para darles una nueva oportunidad. Sé que son pacíficos y amigables, inteligentes, tolerantes, buenos, hacendosos… Todo lo que ustedes quieran. Pero, por favor, no los saquen de su mundo. En un mundo normal los k'mes con su infinita capacidad de trabajo y sacrificio, con su solidaridad y su falta de egoísmo entre ellos, progresarán de tal modo que en unos cientos de años habrán alcanzado tal nivel de desarrollo que los humanos seremos los miserables a su lado. Estos k'mes que tanta lástima les causan conquistarán el universo.

Es una opinión, por supuesto, pero yo creo firmemente en ella. Tanto que se me erizan los vellos tan sólo de pensar en los k'mes sueltos por ahí. Déjenlos a su aire. Déjenlos con sus desgracias y sus vidas en su lamentable mundo. Ustedes, como yo, están hechos de una pasta distinta y no comprenden, puesto que no conocen a los k'mes. Pero yo sé lo que me digo. Déjenlos tranquilos y concédanle a la humanidad una época de gloria. Porque algún día tal vez los k'mes venzan a su mundo. Quizá su tectónica se haga menos violenta, o la órbita de su planeta se estabilice. Quizá no haga falta nada de eso y los k'mes spetch hallen por sí mismos el modo de vencer a su planeta o escapar de él. Entonces es seguro que conquistarán el universo y nosotros, si estamos aquí para verlo, no daremos crédito a nuestros ojos.

Pero dejémoslo estar. Temo que mi alegato está adquiriendo un tono melodramático que lo hace aún menos creíble. Lo veo por la expresión de sus rostros. Su bonita Comisión por la Salvación de los K'mes tiene ya tomada una decisión, así que nada de lo que yo diga o haga les hará cambiarla. Está claro que no me creen. Y también es seguro que yo no viviré lo suficiente para comprobar lo acertado de mis predicciones así que, si les parece, dejemos ya esta entrevista. Si me lo permiten, me gustaría invitarles a cenar para que me cuenten con detalle lo sucedido a los k'mes y, entretanto, les enseñaré alguna de las joyas azules que todavía conservo de mi estancia en Shatak.

Juan Luis Monedero Rodrigo

VENTAJAS EVOLUTIVAS DEL RONQUIDO

No voy a negar que existen algunos evolucionistas, representantes absurdos de esa Sociobiología con más predicamento que pruebas, que proponen argumentos evolucionistas de inconmensurable vacuidad para explicar todo tipo de fenómenos naturales, siempre con la idea oculta de ningunear al ser humano y convertir en vano instinto cualquier comportamiento fruto de la elevada inteligencia humana o su sociedad derivada. He dicho.

Pero no es menos cierto que, cuando las pruebas son irrefutables y adornadas por el peso aplastante de la lógica, ningún científico de pro, y menos aún un sabio de la relevancia acumulada en mi propia persona, sería capaz de negar la evidencia de que el hombre también se halla, al menos en cierta medida, sujeto a las fuerzas imponderables del destino, la selección natural y los impuestos gubernamentales.

Mi presente artículo quiere dar publicidad a uno de mis más recientes descubrimientos etológicos que, aplicado al ser humano, se convierte en perla de la sociología natural o sociobiología, en el sentido más puro y respetable del término.

Muchos han sido los sabios que, a lo largo de la humana historia, han tratado de buscar remedio a ese mal que padecen millones de compañeros de lecho de los sujetos a los que se refiere mi estudio. No menos han intentado comprender y explicar la causa última del fenómeno que nos ocupa. No sólo la fisiología, relativamente simple, sino la explicación racional a la pervivencia entre el género humano de tan desagradable fonación. Uno tendería a suponer que la darviniana selección natural terminaría por llevar a la extinción a los insoportables emisores de tales sonidos, al menos a los que los llevan a su máxima e insufrible expresión. Y, sin embargo, no parece ser tal el caso. O, cuando menos, no debió serlo en el pasado cuanto que el proceso ha llegado a nuestros días y afecta a una numerosa población. Con predominio de la masculina, es cierto, pero con una sonora representación femenina entre sus molestas huestes.

Yo no he buscado ni hallado solución al problema. Sé que otros siguen indagando y hasta parece que ciertas terapias, más

farmacológicas que mecánicas o conductuales, han cosechado esperanzadores éxitos. Pero sí diré, amigos míos, que yo he triunfado donde fracasaron grandes intelectos del pasado y del presente. He descubierto la razón por la que el incómodo ronquido humano ha pervivido entre el género humano durante miles de generaciones, siendo de suponer que aún nos acompañe durante los siglos en que sigan existiendo hombres hollando el suelo de éste o cualquier otro mundo.

El ronquido, ese malvado compañero de sueños, esa mortífera arma, condena de insomnes compañeros de cuarto, tuvo en sus orígenes una razón de ser. En el pasado remoto en que nuestros ancestros aún moraban en cuevas, vestían pieles y quizá portaban una mente aún demasiado embrutecida como para considerarlos verdaderamente humanos, amén de un aspecto que imaginamos bestial, velludo y contrahecho, el ronquido fue un instrumento de poder en las fauces de aquellas criaturas y es muy posible que en la competencia roncadora se decidieran los líderes de los clanes y el orden social todo de aquellas gentes arcaicas de mente rudimentaria.

Aquél que contaba con un ronquido poderoso y un sueño fácil tenía grandes posibilidades de convertirse en líder de su comunidad. Fue muy posiblemente el ronquido, y no el reparto de roles masculinos o femeninos, lo que provocó, en origen, la predominancia del varón sobre la hembra en la especie, pues es bien sabido que, salvo notorias excepciones, suelen ser los hombres los que emiten más portentosos ronquidos.

En tales condiciones, es de suponer que, durante la noche, en mitad de la oscura cueva, un primer durmiente capacitado para el ronquido lanzaría su primer gruñido nocturno, conturbando el duermevela de los demás. Todos los otros homínidos de la cueva, salvo los sordos –de natural o por edad, que quedaban, en todo caso, al margen del poder en la escala social-, tendrían entonces grandes dificultades para conciliar el sueño, atormentados constantemente por el terrible roncador inicial. Dormirían mal, estarían cansados, malhumorados y lo bastante torpes durante el día como para evitar someterse al líder roncador. Los hombres constituirían su tropa; las

mujeres su harén. Y así, por medio de tan accesorio sonido, los humanos se repartirían el poder.

Tal vez algún insomne atacaría, en aquellos primeros tiempos, al roncador inicial. Alguno despertaría al que no dejaba de barritar pero, a la larga, quien tuviera fuerza bastante para roncar y defenderse impondría su ley, condenando a sus semejantes a la dictadura de sus ronquidos y sus palos, en caso de ser molestado durante su sueño acaparador. Esto favorecería la sumisión de los insomnes, incapaces ya de discutir la autoridad del energético y saludable roncante y, a la vez, a lo largo de la humana evolución, se favorecerían dos tendencias: las de aumentar, en ciertos individuos, la potencia y vibración del ronquido, y en otros, menos afortunados por aquel entonces, la tolerancia al ruido nocturno para conciliar el sueño. Claro está que, antes de que pudieran fijarse en nuestro acervo unas u otras características, llegó la civilización y el ronquido diferenciador quedó convertido en mero accidente y molesta costumbre. Pero no podemos olvidar el remoto origen de tan sugerente fonación.

Por desgracia, lo que en el pasado fue virtud hoy en día es problema, y el ufano roncador porta el anatema de lo que los sufrientes insomnes consideran su defecto. Así es la evolución, con sus cambios y revueltas.

Habrá quien piense poco creíble mi argumentación o, cuando menos, indemostrable, pero confío en poder hallar pruebas de mi idea. No es tan raro que, en el mundo animal, la preeminencia resida en algún carácter secundario o en la mera fortuna. Mencionaré, para el caso, a esas ratas desnudas que viven en colonias subterráneas y que hallan su reina en aquélla que impregna la letrina común por primera vez con sus hormonas tras la muerte de su antecesora en el cargo. Es obvio que el asunto del ronquido es mucho más lógico que un mero control urinario. Pero tampoco esperaré demasiada comprensión por parte de los profanos ni de muchos que se llaman a sí mismos científicos. No en vano, soy demasiado consciente de la naturaleza humana como para mostrarme indulgente o ingenuo frente a mis semejantes. Bien claro está que el hombre es el peor juez de sí mismo y que a cualquier persona le repugna la idea de que fuera un simple ronquido y no la superioridad intelectual manifiesta la que marcara en el origen de

nuestro linaje el primer atisbo de división de clases. ¡Ay, al cabo siempre volvemos a la sociología, la política y la filosofía!

Con todo, sé que el peso de la prueba y el de la razón terminarán imponiéndose en este debate científico. Y, si alguien duda de la eficacia de los ronquidos como herramienta de poder, que se ponga en contacto con mi persona. Estoy dispuesto a retar a todo mortal que dude de la veracidad de mis argumentos a compartir habitación, que no lecho, conmigo para participar, en combate singular, de una competición de ronquidos en la que, se lo aseguro, su seguro servidor será capaz de imponerse con su sonora sinfonía nocturna.

Gazpachito Grogrenko

(Archimegasabio universal, adalid de cerebros descarriados e ignorantes y portentoso roncador de celebérrimos tono, timbre e intensidad sonoros)

EL HOMBRE DEL FUTURO

En ocasiones resulta divertido repasar las ideas que el hombre plantea sobre su propio futuro. Ya en el pasado hubo grandes pensadores que patinaron ampliamente acerca del imaginado futuro de la raza humana. Pero no podemos sustraernos a la necesidad de lucubrar, de razonar acerca de nuestras características y cualidades que podrían desarrollarse o atrofiarse en ese futuro soñado.

Bien es cierto que, en cierta medida, la evolución humana se ha detenido en el tiempo moderno, al no estar ya sometida a los dictados de una exigente selección natural y biológica, así como la globalización reduce las fronteras raciales homogeneizando los rasgos de la humanidad. Pero no podemos olvidar otras facetas de la selección que se han colado, casi de improviso, en nuestra sociedad. Tal vez en nuestro mundo de la imagen y el consumo ciertos caracteres estén sometidos a una fuerte presión selectiva. Hoy en día la selección sexual podría ser más fuerte que antaño –por más que la cirugía o la estética sean capaces de suplantar, en ocasiones, al gen-, de igual modo que las modas establecen patrones que muchos se empeñan en seguir. Sea como sea, el cambio es inevitable. Lo que no sabemos es si tal cambio será direccional, selectivo o meramente

azaroso. Y menos aún podemos afirmar, con conocimiento de causa y certeza, que el hombre del futuro será de tal o cual manera.

Algunos, incluidos médicos y científicos varios, afirman aún en nuestro tiempo que son inevitables ciertos cambios y tendencias futuras en nuestros rasgos físicos y nuestra fisiología. Suponen que el ser humano del futuro tendrá un cerebro más grande y desarrollado, que carecerá de apéndice intestinal, de muelas del juicio, dedo meñique en el pie o de vello corporal. Se olvidan de que, para eliminar un rasgo tan extendido, se hace necesaria una presión selectiva en contra que hoy en día, por obra de la medicina que evita los daños y de los tratamientos estéticos y cosméticos, no existe ni hace previsible que tales rasgos se extingan sin más en un futuro más o menos lejano. En cuanto a la idea de un supercerebro en un supercabezón, sería fisiológicamente posible siempre que se retrasase aún más el desarrollo de nuestros bebés, es decir, que nacieran aún más inmaduros. Pero dado el escaso uso que en nuestro tiempo –o tal vez es en todos- da la mayoría de la población humana a nuestras más que deficientes neuronas, no parece muy probable que exista tendencia alguna a tal desarrollo. Es más, si el cúmulo de afortunados cambios se produjera, es más bien posible que la criatura de cerebro superlativo las pasase canutas entre nosotros sus ya no tan semejantes. Quizá el superhombre pasase por el mundo más bien como un rarito con dificultades de relación y nulo impacto entre los de su especie y las generaciones futuras, tanto a efectos intelectuales como genéticos.

Otros, incluso, han propuesto cambios en el ser humano, naturales o hechos por el propio hombre con su tecnología, para corregir nuestros defectos de diseño. En tales sugerencias se pueden incluir modificaciones esqueléticas bien provechosas, como cambios en nuestra columna vertebral o cambios en nuestras articulaciones con, por ejemplo, una rodilla que se doble hacia delante y sufra menos lesiones que la actual. Igual se podría hablar de músculos más potentes, una piel más resistente o una mayor capacitación para la vida en baja gravedad, tan importante para los viajes espaciales. Pero, por razonables que los cambios sugeridos puedan sonar a los científicos, si el individuo transformado se vuelve muy distinto a un

humano y nos da aspecto de gnomo, ángel o robot, es más bien probable que nuestros hermanos de raza no se muestren muy dispuestos a aceptar a tales seres como humanos de pleno derecho. Uno, que siempre ha disfrutado con la ciencia-ficción, no puede evitar que acudan a su mente imágenes de rechazo tipo cuadrumanos de Bujold u Homo Plus de Pohl o, en términos más identificables para la mayoría, los ridículos mutantes tipo X-Men. No dudo, no obstante, de que algunos cambios, como los referidos a pigmentación, color y forma de ojos o ciertas modificaciones secundarias en orejas, manos o pies, pudieran ser bien recibidos y hasta perseguidos no sólo por friquis sino por cualquier tipo deseoso de ir a la moda.

Yo, por mi parte, sospecho más bien que los cambios del hombre futuro sí serán dirigidos. De una parte por la moda, llevando la cirugía estética al extremo y, más tarde, apoyándose en la tecnología para prolongar la vida y el buen aspecto recurriendo a lo biónico y lo cibernético. No me extrañaría que, de algún modo, los humanos del futuro se llegasen a convertir, si no en auténticos robots, sí en cyborgs, replicantes o muñecos plastificados semejantes a esos sustitutos de película reciente pero con el original todavía en su interior. No obstante, si decido ponerme aún más pesimista, lo cual suele significar en este perro mundo acercarse un poco a la realidad, me imagino a humanos transformados en herramientas de trabajo y, quizá, con las correspondientes salvedades, aún es posible un mundo semejante al imaginado por H.G. Wells en su máquina del tiempo, con los bellos elohi sustituidos por hermosísimos pimpollos pijos fabricados a partir de cualquier ricacho deseoso de mejorar su aspecto en pos del ideal griego clásico y una turba de currantes, como los aguerridos y desagradable morloch, con partes de su cuerpo y hasta su mente modificados en aras de la productividad y el mantenimiento de un sueldo miserable en alguna empresa dedicada tanto al enriquecimiento de sus accionistas como a la explotación de los empleados y engaño sistemático del cliente. Vamos, igualito que hoy en día pero más tecnificado.

Y, para terminar, si descontamos el posible efecto de esas transformaciones cibernéticas, me quedan pocas dudas de que nuestros descendientes proseguirán nuestro triste declive hacia la

indolencia y terminarán convertidos en gordinflones absurdos y complacidos semejantes a los humanos de Wall-e y con el punto de consumismo desesperado de "La plaga de Midas", de nuevo del maestro Pohl.

Así las cosas, uno casi desea que los cambios no sean los que espera. Que las tendencias no atiendan a oscuras motivaciones mercantilistas o absurdas modas estéticas. Que el ser humano, si cambia, lo haga a mejor, a un ser más completo, más inteligente, menos manipulable. Pero, como sospecho que tales deseos son de difícil cumplimiento, casi me conformo con que todo se quede igual y, cuando menos, no nos volvamos aún más imbéciles y manipulables.

Como quien dice: ¡virgencita, que me quede como estoy!

Juan Luis Monedero Rodrigo

EL JUICIO DEL HOMBRE

Quiero contar aquí una vieja leyenda del África Central. Trata del origen del hombre y el juicio que sobre él realizan todas las bestias reunidas a tal fin. No mencionaré su creador, porque no es conocido. Más bien debe ser una suma de creaciones, de aportaciones de docenas o cientos de personas que, conforme han repetido el relato, lo han ido modificando, adornándolo y enriqueciéndolo, cuando no afeándolo sin pretenderlo. Ahora soy yo quien, con mi versión, me uno a la larga cadena de humanos que han aportado su granito de arena al relato. Espero no estropearlo con mi mente europea y tecnológica. Empieza así:

Los animales de la sabana se reunieron en el llano. Los grandes y los pequeños, los violentos y los pacíficos, los comedores y los comidos. Todos en paz. Todos con voz y voto. Todos ellos igual de irritados. Y era la causa de su malestar el único animal al que no habían invitado a aquella reunión. El último en llegar, aquél cuya sola presencia había trastocado el orden del mundo.

Todos los animales se sentían molestos por la presencia del hombre. Aquel ser deforme con dos piernas y dos manos, con gran cabeza y voz estridente les había robado la paz. Actuaba como si el mundo fuera de su propiedad. Como si los animales, las plantas y hasta las montañas le pertenecieran. Y era lo bastante poderoso como para

enfrentarse a cualquier otra especie, por afilados que fueran sus colmillos, sus cuernos o sus garras.

Por eso se celebró el encuentro de los animales. Para que todos relatasen sus afrentas y entre todos buscasen una solución. Se hablaba de catástrofe, de extinción. Pero también de escarmiento, de colocar en su sitio a aquel mono desnudo e impertinente.

Las ofensas eran muchas. Casi todos relataban las carnicerías del hombre, los prados y bosques esquilmados, el derroche de vidas aniquiladas sin razón, de fuegos encendidos para cazar o comer, de árboles arrancados y fieras espantadas. Cada cual tenía su historia que contar. Pero eso no era lo peor. Era más terrible el miedo que muchos profesaban a tan absurda criatura. Indefensa de garras, zarpas, mandíbulas o colmillos, débil, lenta, torpe y, sin embargo, tan temible como para cazar al león o el elefante.

La mayor gracia del hombre, su cualidad que más espanto causaba y la que más irritaba a los otros animales, era su capacidad para copiar las habilidades de los demás e incluso mejorarlas, inventando siempre el medio de emular a los animales y hacer más efectivas las herramientas y artimañas de cada cual.

La primera queja, pues, fue del mono, que se quejó amargamente de que el hombre copiaba mejor que él y lo despreciaba, pese a su parecido.

-Y de nada nos sirve subir mejor que él a los árboles, porque siempre busca tretas para hacernos bajar o nos da caza con sus terribles armas.

Todas las bestias asintieron, apenadas por el desdichado sino del mono.

-No sólo te copia a ti –dijo el perro salvaje-. El humano es capaz de organizar verdaderas jaurías para cazar. Y no le basta con quitarnos las piezas sino que, además, nos expulsa de sus terrenos de caza sin dejarnos siquiera recoger sus sobras.

Había amargura en los ladridos y gañidos del perro. Todos estuvieron de acuerdo, y los que más los carroñeros, buitres y hienas, que sumaron sus lamentos a los de los perros. Los leones y los leopardos, demasiado orgullosos para manifestarlo, estaban

igualmente asustados por el hombre, pero se abstuvieron de quejarse en alta voz.

-Eso no es nada –dijo un pajarillo-. A nosotros nos atrapa tan sólo para encerrarnos y oírnos cantar. Nos devora tras ponernos en su fuego, nos roba los huevos del nido, como muchos de vosotros hacéis cuando tenéis ocasión, pero, no contento con eso, ¡hasta nos copia los nidos! Se dedica a trenzar las ramas y pajas para fabricar sus utensilios. Y, si puede, nos encierra a nosotros en ellos.

-Sí –añadió una garza- y fabrica armas como nuestros picos, con las que pesca en el río.

-A nosotros –dijo una carpa desde el agua cercana-. Unas veces con sus armas y otras encerrándonos en las cestas que fabrica a partir de los nidos copiados.

-¡Lo copia todo! –se quejó una mangosta- Hace trampas como nuestros túneles para cazar.

-Hace tabiques en los ríos, levanta paredes de madera muerta –corearon varios ratones.

-A nosotras nos roba los panales, con su miel y su cera –dijo la abeja-. Nos engaña con falsos huecos y, cuando enjambramos allí, nos roba el alimento.

-Y a nosotras –añadió una pálida avispa- nos aniquila a manotazos pero no tiene ningún pudor en robarnos nuestras vasijas de barro, en las que ponemos nuestras crías. ¡Hace enormes recipientes y los cuece! Presume de haber inventado la alfarería. Pero no es así. ¡La alfarería es nuestro invento, no suyo!

-También nosotras –comentó la hormiga- inventamos la agricultura y la ganadería, cultivando hongos y criando pulgones, pero él nos las ha robado.

-¡Y nos roba las cuevas y madrigueras!

-¡Y nos mata por nuestros cuernos y colmillos!

-¡Y nos encierra, y nos roba la leche!

Las quejas se sucedían sin fin, a cual más agria, por parte de unos y otros animales.

-Hemos de actuar –concluyó el león, consciente de su liderazgo.

-Yo propongo atacarlo cuando se acerque al río a beber– dijo el cocodrilo.

-Mejor perseguirlo campo a través –señaló el guepardo.

-¡Ataquémosle desde el aire! –propuso el águila.

-Yo lo envenenaré –dijo la serpiente.

-Mejor ataquémosle todos, cada cual según sus fuerzas –dijo, finalmente, el mono.

Y hubo acuerdo. El hombre era poderoso. Demasiado peligroso para que un solo animal lo aniquilara. Debían aparcar sus odios ancestrales, sus rencillas y hasta sus miedos. Debían unirse todos y declararlo enemigo común. De otro modo, no lograrían vencerlo.

-Y así tampoco lo lograréis –añadió el perro salvaje-. Nos matará, nos esclavizará, nos utilizará.

-Entonces –replicó el orgulloso leopardo-, según tú, no hay nada que podamos hacer.

El perro arqueó el lomo en señal de asentimiento, pero no dijo nada.

-¡Unidos venceremos! –concluyó el cónclave, con una algarabía de gritos, gruñidos, rugidos, barritares, siseos, mugidos y demás sonidos.

Sólo el perro había abandonado su lugar entre los otros. Despacio y en silencio se marchó de la reunión. Mientras todos se declaraban enemigos del hombre, él había comprendido que se trataba de un rival formidable. Un animal capaz de copiarlos a todos, de mejorar sus técnicas de caza y sus refugios, de fabricar herramientas, de dominar el fuego y de someter, uno por uno, a cada uno de los animales, no iba a ser derrotado por tan pintoresca alianza. Y, aunque el primer ímpetu fuera concertado, estaba claro que el grupo se disolvería más pronto que tarde y el hombre se tomaría cumplida venganza de sus enemigos. Así que el perro dejó a los demás discutiendo y haciendo planes y se encaminó al campamento del hombre. En su presencia, consciente de que el hombre podía matarlo si se sentía agredido o le complacía cazarlo, se tendió boca arriba y encogió las patas en gesto de sumisión. El hombre le acarició la barriga, el hocico, las patas. Y rió. El perro se alzó y correteó a su

lado, ladrando de alegría y agitando con violencia el rabo. Se había convertido en su mejor amigo y, desde entonces, nada tendría que temer de él. El perro fue prudente y los animales, fracasado su intento de derrotar al hombre, huyeron y hubieron de enfrentarse a cada paso a su ira y sus deseos. Con el tiempo, otros se sometieron a su dominio, aquéllos aprendieron a esquivarlo y algunos, orgullosos, siguieron enfrentándolo, aun sin esperanza, cuando tenían la desgracia de toparse con él. Pero el prudente perro, que comprendió que el hombre era el nuevo rey de la llanura, fue el único que pudo correr, saltar, jugar y cazar a su lado, compartiendo su comida, su refugio y hasta su afecto.

En fin, que si nos olvidamos de que en ideas semejantes a las de este relato está el origen de la absurda idea de que el hombre es dueño del mundo y tiene a su disposición todos los recursos que le brinda, aunque sea para esquilmarlos, extinguirlos o autodestruirse, la historia, tomada con la inocencia de sus primeros narradores, hasta resulta tierna y hermosa.

Euforia de Lego

SOMOS LOS CAMPEONES

Pocas veces el resultado de las competiciones deportivas es verdaderamente incierto. En ocasiones hay sorpresas. El favorito falla. Algún secundario se coloca líder. Un individuo realiza la carrera o partido de su vida, quizá sin haberse dopado o sin que lo cacen. Pero lo habitual es que la verdadera competición se establezca entre unos cuantos. Todo lo más, hay varios equipos o deportistas igualados y un montón de seguidores sin opciones reales de triunfo. El oro, la copa del triunfo, rara vez toca al que no la ha rozado ya con sus manos.

Por eso sorprendió tanto al mundo el resultado de las últimas olimpiadas. Una competición venida a menos, sí. Salpicada, durante las últimas décadas, de casos de dopaje, de manipulaciones genéticas, de modificaciones fisiológicas y hasta biónicas. Pero capaz, aún, de paralizar al mundo ante la pantalla de holovisión y de reunir en los estadios multitudes ávidas por impregnarse de la gloria que ya los griegos contemplaron en la vieja Olimpia.

No obstante lo dicho, aún hay quien se niega a aceptar lo ocurrido durante la última cita olímpica y, más extraño aún, también hay personas que, como si vinieran de otro planeta, aún no se han enterado de lo allí sucedido, o no han querido comprenderlo en toda su extensión. Para ellos, y para todos los que quieran acercarse a la historia de lo sucedido, escribo este breve resumen de los hechos. Créanme si les digo que soy, sin duda, la persona más adecuada para hacer un relato pormenorizado de lo acaecido.

Después de doce años a caballo entre África y Sudamérica, la cita olímpica regresó a Europa. La olimpiada de Montecarlo prometía ser una oportunidad para que los monegascos pudieran hacer suculentos negocios con la excusa de la organización del evento, y, de paso, para reunir a los mejores atletas y deportistas del momento.

Nada nuevo bajo el Sol. Los favoritos de siempre: chinos, indios, estadounidenses y algún que otro europeo, ruso, japonés, brasileño o australiano.

Sólo llamaba la atención, por lo sorprendente, el hecho de que Mónaco, como país organizador, estuviera inscrito en casi todas las pruebas. La participación del minúsculo país en los juegos olímpicos siempre había sido anecdótica. Un estado tan pequeño, con tan escasa población y tan pocos deportistas, más allá de algún fanático y los habituales desocupados de la *jet set* encaprichados con participar en alguna prueba, en general de carácter exclusivo, no solía ni podía presentar muchos deportistas. Y, sin embargo, esta vez, como organizadores, se habían tomado el asunto muy a pecho. Además de ampliar el puerto y conquistar unos metros al mar, habían tirado la casa por la ventana para edificar, aun en suelo francés, las instalaciones que no cabían en su diminuto principado. Y, no contentos con ello, se habían esforzado por inscribir ciudadanos suyos en casi todas las pruebas. En todas las que no requerían de marcas mínimas y también en algunas de las que las exigían. Ya se sabe que al país anfitrión, sobre todo cuando no cuenta con muchas opciones de triunfo, se le suele permitir participar en muchas pruebas sin marca previa de sus atletas ni rondas de clasificación de sus equipos. Curiosamente, nadie, o casi nadie, se fijó en el pequeño detalle de que un nombre se repetía en las listas de casi todas las competiciones en

las que había participación de ciudadanos del país organizador. Se trataba de Didier Noveau, atleta desconocido en cualquier circuito deportivo y, sin embargo, abanderado de su pequeño país y participante en mayor número de pruebas que ningún otro deportista de ésta o cualquiera otra olimpiada del pasado. Quizá, dada la escasa población del principado monegasco, cualquiera que se hubiera percatado de la presencia del señor Noveau justificaría su pluriempleo en la necesidad de que el país organizador, siquiera por una cuestión de amor propio, inscribiera algún participante en el mayor número de pruebas y el país no quedase como simple convidado de piedra en su propia olimpiada. Lo más desconcertante para el público en general y los contrincantes en particular fue comprobar que la participación de Mónaco y su abanderado no iba a ser meramente testimonial.

Cuando el primer día de pruebas en la piscina olímpica el señor Noveau participó en las rondas de clasificación de todos los estilos, siempre que no se superponían los eventos ni la distancia era demasiado larga, muchos se fijaron en aquel tipo fornido y espigado al que nadie conocía y que, sin embargo, fue capaz de clasificarse para las semifinales con tiempos más que aceptables en casi todas las pruebas por las que participó. Algún cronista deportivo, particularmente asombrado, se preguntó si sería algún nadador extranjero nacionalizado el que había dado un estreno tan lucido a los organizadores. No se recordaba ningún caso de un nadador que, sin destacar sobremanera en ninguna distancia ni estilo, fuera capaz de nadar, en una misma jornada, tal número de pruebas y con tanto aprovechamiento. Sólo en las pruebas más cortas de estilo mariposa quedó fuera de competición en esa primera ronda. Y no por falta de fuerza, como podría suponerse, sino por imperfecciones de estilo que, en tan corto tramo, le condenaban a ir a remolque hasta el final. Cuando la prueba se fue a los doscientos metros mariposa y hasta a los cuatrocientos, que fue la máxima e insospechada distancia que se permitió nadar, el señor Noveau logró su clasificación al superar a los otros nadadores por mera capacidad muscular cuando los demás, con mejor técnica, empezaban a flojear en lo físico. Al cabo de aquel día, el incansable monegasco había recorrido la piscina más veces que

cualquier otro nadador en la historia y, sin embargo, pareció quedar lo bastante fresco aún como para jugar dos partidos vespertinos: el estreno futbolístico y el partido inaugural de la liguilla de baloncesto. En el fútbol, el equipo del principado logró un muy meritorio empate a cero ante el todopoderoso Brasil, gracias en buena medida a las dotes defensivas del señor Noveau y a sus infatigables carreras de un lado a otro del campo, sin descanso hasta el sonido del pitido final. En baloncesto lograron una gesta aún más sorprendente. Con un equipo de bajitos –el más alto apenas superaba los dos metros y nuestro amigo Noveau apenas llegaba al metro noventa-, los locales fueron capaces de vencer al atlético equipo nigeriano, otra vez con gran derroche físico de Noveau y con cuatro impresionantes docenas de puntos cosechados por el angelito.

Si a lo ancho del mundo resultó curiosa la novedad de aquel personaje capaz de nadar y trotar de la noche a la mañana y conducir a los suyos a un más que digno estreno olímpico, en su país, Mónaco, donde ya estaban avisados del portento físico que iba a representarlos para la ocasión, los titulares de la prensa matutina de la segunda jornada fueron tan grandilocuentes y triunfales como los editores locales se atrevieron a redactar: "El superhombre existe y es de Mónaco", rezaba el *Monaco Actualité*, "Nuestro hombre de Montecarlo conquista los Juegos", anunció *Monaconet*, e incluso *Le Monde*, de la vecina Francia, se hizo eco de la hazaña del desconocido atleta: "El hombre incansable", tituló la pequeña reseña dedicada a Noveau.

A mí nada de aquello me sorprendió, claro está. Es más, era plenamente consciente de que lo mejor de los Juegos estaba por llegar y que se avecinaban acontecimientos que iban a dejar al mundo pasmado y boquiabierto. Las sorpresas serían mayúsculas para todos menos para mí y los pocos que estaban, poco más o menos, al tanto de las infinitas posibilidades de Didier.

A partir del segundo día de competición ya nadie pudo ignorar al infatigable Didier Noveau. Prosiguió su marcha incansable de prueba en prueba, con resultados más que notables en todas ellas y, en aquellas competiciones en las que se celebraba la final y él entraba en concurso, todos los pronósticos se vinieron abajo. Noveau

venció en dos pruebas de natación para las que ninguna quiniela lo tenía en cuenta. Y también, lo que si cabe pareció aún más extraño, fue capaz de obtener una medalla de oro adicional en una disciplina que nada tenía que ver con la piscina olímpica: se coronó con los laureles del triunfo en la competición de esgrima, modalidad florete olímpico, puntuación.

Ya no se trataba sólo de que Mónaco hubiera presentado un portento físico como participante. Además poseía la técnica y la clase necesarias como para vencer en pruebas diferentes. ¡Lo nunca visto! El prodigio monegasco dominaba diferentes disciplinas y tenía energías, concentración y perseverancia suficientes como para pasarse toda la jornada, desde la apertura al cierre de la competición, participando con éxito general en tantas pruebas como el programa le permitía.

Pronto las alarmas sonaron en la Organización. Pulsadas, claro está, por potencias desbancadas por aquel advenedizo. La agencia antidopaje envió ipso facto sus vampiros, diríase que con nocturnidad y alevosía, a tomar muestras de aquel tipo que osaba vencer a los grandes del deporte en la competición de más lustre. Sin duda a aquel señor Noveau lo habían hinchado de dopantes de toda índole. Eso pensaron todos, médicos incluidos, pues no entraba en ninguna cabeza que un ser humano corriente tuviera la capacidad de soportar tales esfuerzos sin desfallecer. La sorpresa rotunda fue que ni su orina ni su sangre, de las que se tomaron varias muestras, mostraron el más leve signo de drogas, hormonas o cualquier sustancia extraña. Se trataba de sangre vulgar y corriente en toda su composición, tanto celular como plasmática. A aquéllos inocentes con piel de lobo se les olvidaron, quizá, otras pruebas de cierta importancia, como una radiografía o una simple ecografía pero es que ellos no buscaban el diagnóstico de ninguna enfermedad, sino la sustancia milagrosa alojada en los fluidos del nuevo campeón.

Tras las pruebas, cuando ya no se pudo diferir por más tiempo la entrega de los trofeos a los que se hizo acreedor el señor Noveau, se dieron dos tipos de reacciones. En Mónaco, donde por mero patriotismo, de ése de vía estrecha que tantos practican, nunca se había puesto en duda la honorabilidad y honradez de su atleta, se

ensalzaron sus gloriosos triunfos "*Niké* para el hombre nuevo", tituló *Monaco Actualité*, mezclando el griego con el apellido del triunfador. "Un superhombre en las pistas", anunció *Le Monde*, tal vez porque los franceses se sentían partícipes, por afinidad, de aquel éxito. "¿Existe Supermán?", se preguntaba, finalmente, el británico *The Guardian*, por simple sensacionalismo.

La segunda postura de la prensa, más generalizada, se movía entre la prudencia de muchos medios, sobre todo de los que no querían arriesgar su buena o mala fama en un comentario precipitado, y la abierta sospecha de que aquel tipo era un impostor, un tramposo que, amparado por algún nuevo método todavía no identificado, estaba engañando a todo el olimpismo con sus sucias tretas. Unos sugerían drogas de síntesis y diseño. Otros modificaciones genéticas propias de la más alocada novela de ciencia-ficción y alguno sugería que aquel ser no era humano completamente sino biónico. Hasta se habló de clonación sistemática, para justificar su incansable omnipresencia.

La sospecha se tomó como ultraje por los organizadores, no obstante lo cual, el señor Noveau se dignó permitir que fuera analizada una muestra de tejido –tomada por mí, su médico personal, sobre quien, tal vez por desconocimiento de mi persona, aún no habían recaído las sospechas- para que fuera sometida a completo y minucioso análisis. Ni qué decir tiene que, cuando se publicó el resultado una semana más tarde, tampoco allí se encontró irregularidad alguna.

También surgieron los "sabios" e "iluminados" que "creían" en la supremacía del "nuevo hombre", los que ensalzaban sus supuestas virtudes, los que confiaban ciegamente en las bondades de la evolución biológica, la educación o el entrenamiento y los que, sin que nadie les invitara a ello, se ofrecieron a "explicar" la causa del éxito de Noveau, comentando sus rasgos físicos y hasta morales que justificaban su sorprendente éxito. Tontos, está claro, los hay por todas partes y proliferan mejor que las setas en campo abonado.

Para terminar con el sainete, la delegación de Mónaco exigió respeto y solicitó, a sugerencia mía, que la polémica quedase aparcada hasta después de la ceremonia de clausura, momento en el cual el señor Didier Noveau quedaría a la entera disposición de cuantos

médicos, científicos, periodistas, entrenadores y políticos quisieran tomar parte en el análisis de su persona y sus resultados.

Si bien aquello no satisfizo a nadie más que al país organizador y buena parte del público que deseaba seguir contemplando sin más las proezas de aquel desconocido viviendo su momento de gloria hasta que le pillasen en renuncio o reventando en el intento, como alguno suponía, el caso es que se aceptó la tregua, más olímpica que nunca, y se dejó que las competiciones se fueran sucediendo, si bien se obligó a modificar el calendario de modo y manera que fueran aún más las pruebas coincidentes y el "Superhombre de Montecarlo" -nombre con el que algunas gacetillas lo apodaron y que, a la postre, tuvo éxito entre la parroquia de espectadores- no pudiera tomar parte en muchas de ellas ni tuviera ocasión de avasallar de nuevo a sus rivales.

Durante las más de dos semanas de eventos que aún restaban, el señor Didier Noveau prosiguió demostrando su incontestable superioridad y cosechó para Mónaco la friolera de treinta y ocho medallas de oro y tres de plata. Si no fueron más de oro o, al menos, no lo fueron todas las cosechadas se debió a que cometió pequeños errores, a fallos técnicos o la manifiesta parcialidad y animadversión de algún que otro juez deportivo, como aquel que invalidó todos sus saltos, perfectamente correctos como demostraron las cámaras, durante la competición de triple salto. Aunque ya antes había arrasado en la prueba del salto de longitud, uno de sus instantes memorables de la competición, donde se clasificó para la final con un solo salto de nueve metros y asombró al público con otro salto solitario de diez cincuenta, récord olímpico y mundial, que le supuso el dorado metal. Podría seguir aquí glosando sus éxitos y extenderme en el adorno de la épica, la estética y plasticidad de cada competición: remo, natación, tenis, halterofilia, ciclismo… Fueron más de cuarenta las pruebas en las que Noveau triunfó. Y, ya que más tarde fue desposeído de todas sus medallas, no tiene sentido ponerse aquí a describir, como hizo la prensa deportiva, cada uno de los eventos en los que el portentoso atleta monegasco se enseñoreó ante sus rivales. No obstante, me quedo con los triunfos en fútbol y baloncesto, dos de los reyes de la competición, por cuanto que en los

correspondientes partidos se vio que la colaboración de sólo un hombre como el señor Noveau fue capaz de elevar estratosféricamente el nivel de su selección. De ello me siento particularmente orgulloso, como artífice de ambos triunfos. Diré que en los partidos del primer día mi pupilo se reservó, no queriendo descubrir sin más todo su potencial. Pero nunca podré olvidar el rostro de los jugadores argentinos, incapaces de detenerlo en falta, tras colocarles, en jugada personal, el tercer y definitivo gol que los condenó a la plata. Ni tampoco a aquellos presuntuosos gigantes de la NBA americana, supuestos "campeones del mundo", según alardea su propia competición doméstica, que observaban envidiosos y fascinados a aquel portento europeo, blanco y desconocido, haciendo mates delante de sus avergonzadas narices o colocándoles, ahora sí, ahora también, un triple tras otro desde su propio campo de juego.

Fue divertido mientras duró. Pero no diré que fue injusto que al archicampeón Didier Noveau y a la delegación monegasca se les desposeyera, personal y grupalmente, de todas y cada una de las medallas logradas. Alguno piensa que aquello fue una vergüenza para la familia olímpica en general y para Mónaco en particular. Otros hablan de incontestable fracaso de la organización. Yo, personalmente, no lo veo así. Desde mi punto de vista el éxito fue y sigue siendo rotundo. Tanto para el minúsculo principado de la Costa Azul como para mí en particular. O mi señor Noveau, cuya presencia por doquier es hoy un hecho consumado e irreversible. En todo caso, si no quieren creer mi opinión al respecto, por interesada, basta con que miren a su alrededor y consulten las cifras económicas que avalan el éxito incuestionable de la operación.

Creo que no sería necesario describir el final de la historia. En la misma medida en que los antecedentes ya han sido relatados, pienso que la mayor parte del público y de los posibles lectores ya están al tanto de lo sucedido. Pero esta narración tenía, desde su comienzo, dos objetivos. El primero era iluminar a los pocos ignorantes que todavía quedan en este ancho mundo que todavía no conocen la historia ni al señor Noveau y sus gestas gloriosas. El segundo era y es, meramente, el satisfacer mi propia egolatría como responsable del fenómeno olímpico. Yo, como cualquier mortal, me

siento encantado de poder alardear de mis triunfos y, si eso avergüenza o molesta a gente estrecha de miras o ahogada en prejuicios, es su problema. Todos disfrutaron con Didier Noveau. A todos, menos a mí y unos cuantos enterados, los defraudó el engaño pero, al cabo, todos están disfrutando de los réditos que les proporciona mi creación, por lo cual mi orgullo, como las cifras de mi cuenta corriente, carece por completo de medida.

Sirva este apunte de confesión. Aunque no lleve firma, la mía verdadera, tómenla como verídica y de mi responsabilidad. El doctor John Doeson nunca existió. Y no seré yo quien les descubra mi nombre ni el lugar de mi refugio. Estoy demasiado cómodo como para quererme arriesgar a una exposición pública en la que se me afee mi conducta o, lo que es peor, se me condene a la par que se me exijan daños y perjuicios. Prefiero, pues, otorgarles mis beneficios que, aunque no lo quieran admitir, son muchos y merecen la copiosa lluvia de dinero con la que, generosamente, me siguen bañando.

Por decirlo pronto para aquellos pobrecillos que aún permanecen en la ignorancia y querrían creer que el señor Didier Noveau es el hombre del futuro, el superhombre fruto de la evolución, debo anunciarles que mi creación no era otra cosa que un androide, tan superdotado como lo fueron la ingeniería y la electrónica con las que yo, ayudado por mi pequeño equipo, tuve a bien dotarlo.

Yo fui su creador. Quien lo diseñó, quien proyectó su ejecución. El que llevó los planos a la práctica. Quien lo programó y el que, llegado el momento de su comercialización, tuve la ocurrencia –creo que bastante atinada por lo que luego se vio- de ofrecerlo al gobierno monegasco, a cambio de una comisión en cada unidad vendida, para que fuera presentado en su olimpiada. Ya que el pequeño país no tenía ninguna opción seria de medalla, por más que la mera organización les proporcionase suculentos beneficios y volviera a colocar su principado en el centro del mapa y, ante todo, de la moda, los organizadores no tuvieron ningún reparo en montar aquel espectáculo. Fue publicidad gratuita, un espectáculo terminado en escándalo y, por tanto, una oportunidad de acaparar titulares durante la olimpiada y aun después de los exitosos juegos. Yo lo tuve bien

claro: si Mónaco organizaba su olimpiada era para relanzar su economía y, en lo tocante a economía, los Grimaldi y sus gentes siempre habían sido lo bastante avispados como para saltarse normas, desde la época dorada de los casinos, las diversiones de la jet o su evasión de impuestos. Me puse en contacto con ellos tres meses antes de la ceremonia inaugural y, tras algunas dudas y reticencias iniciales, fueron incapaces de negarse a nuestras condiciones. No me defraudaron en absoluto ni yo, espero, traicioné su confianza.

Quizá me vi obligado a hacer el anuncio un poco antes de lo previsto. Todavía estaban frescas las portadas laudatorias del héroe de Mónaco cuando un par de "investigadores", no me atreveré a llamarlos periodistas de poca monta, anunciaron que el señor Noveau no era, en verdad, monegasco. Sus papeles –como bien sabía yo- eran auténticos, pero no había una familia Noveau ni unos antecedentes del personaje en la ciudad que llegasen más allá de seis meses de antigüedad –y bastante nos había costado alargar esos tres meses la biografía del personaje-. A estos lumbreras no se les ocurrió otra cosa que pensar que Mónaco había nacionalizado, de modo poco ortodoxo, a un atleta de dudoso origen. Ya se elevaban voces exigiendo los análisis aplazados, la explicación de la documentación que se presuponía falsa. Y yo, de acuerdo con el gobierno monegasco, decidí que el juego ya había durado lo suficiente. Así que, en nombre de mi creación, convoqué una rueda de prensa donde explicaría "toda la verdad".

Ante aquel anuncio, ningún periodista ni gacetillero pudo resistirse. La sala de prensa del estadio olímpico –aquel terreno tan trabajosamente ganado al mar- se quedó pequeña para todo el personal acreditado que quiso asistir a la confesión. Por un momento temí que su peso hundiera de nuevo el estadio en las aguas del puerto. No sé lo que esperaban pero, sin duda, se llevaron una buena sorpresa.

-Señores, mi anuncio es sencillo –comencé, directo al grano-: Didier Noveau es un robot.

Algarabía, murmullos, irritación, auténticos gritos. La manada en acción. Un *crescendo* de voces difícil de entender.

-Lo diré más claro: el señor Didier Noveau no es un ser humano sino un artefacto electrónico de última generación, un

androide computerizado alimentado por pila de combustible. Las medallas serán devueltas y sus registros anulados. Si quieren una información más completa, lean el informe escrito que he dejado a su disposición. Nada más.

Y me fui. Sin presentarme con mi verdadero nombre ni aguardar sus preguntas. En la confusión del momento resultaba mucho más sencillo huir que si hubiera esperado a que se calmasen.

Mi carta, que casi todos conocen, no la voy a incluir aquí de nuevo. En ella exonero al gobierno de Mónaco y me hago responsable de todo el asunto. Alabo el logro técnico, las labores de ingeniería, las de programación y las estéticas del producto. Describo con cierto detalle las capacidades de mi criatura en cuanto a potencia, mantenimiento, movilidad, durabilidad, resistencia, habilidades. Pero no entono ningún *mea culpa* de arrepentimiento que, está claro, me siento muy lejos de sentir.

Hoy por hoy mi criatura dista mucho de ser el superhombre en el que tantos deseaban creer. Si muchos han sentido que el espíritu olímpico ha sido traicionado por mí quizá están en lo cierto. Pero les animo a recodar tantos y tantos tongos y engaños, dopajes y ayudas técnicas o "nutricionales" que desde hace décadas han servido para que los atletas puedan cumplir, aunque sea con trampa, con el famoso lema de más alto, más lejos y más fuerte. Mis logros han sido y serán superiores a las de todos los tramposos del pasado. Mis motivaciones mucho más materiales que la gloria que otros perseguían. Aunque no se me escapa que algunos deportistas obtuvieron pingües ganancias de sus engaños. Yo sólo pretendía dar publicidad a mi producto antes de comercializarlo. Y a fe mía que lo he logrado.

Poco me importa que me odien, me vituperen o me persigan. Mientras la orden de busca y captura que muchos reclaman no se haga efectiva o, cuando menos, yo no esté disponible para que se ejecute, me siento la mar de tranquilo, feliz y en paz con mi conciencia. Mi empresa, conmigo a la cabeza, se va a forrar de los pies a la cabeza. No me cabe la menor duda de que el androide se venderá por todas partes pese a que su precio es aún algo elevado.

Éste es el comienzo de una nueva era. En el trabajo, en la economía, en la sociedad. Bien es cierto que, por el momento, Didier no es el hombre del futuro –ya veremos cómo evolucionan la tecnología y la inteligencia artificial de aquí en adelante-, pero sí que va a suponer un hito en la historia, el comienzo de una nueva vida en un nuevo mundo.

Lo siento, aunque soy materialista convencido, en ocasiones no puedo dejar de ponerme soñador e imaginar que el hombre es un ser menos insignificante de lo que siempre he creído.

Si mi relato les ofende, no pienso disculparme. Si lo que desean son más datos de mi creación y la posibilidad de adquirir o alquilar alguno de mis modelos permanezcan atentos a las noticias. No seré yo quien les informe directamente. Pero les aseguro que pronto verán caminar miles, millones de androides de toda clase y aspecto, incluido el humanoide, con o sin la cara de mi Didier, entre ustedes y para su servicio.

Juan Luis Monedero Rodrigo

APOLOGÍA DE LA EUGENESIA

Ya era hora de que en esta revista se tratase a las claras el tema de la evolución junto con el concepto de selección natural darwinista. El hombre es un lobo para el hombre y para cualquier otra criatura. Pero no hemos de pensar que haya maldad en su mente ni en sus actos al comportarse de tal modo. Se trata de nuestra naturaleza, forjada y bruñida durante millones de años en la sana competencia con otros organismos y los de nuestra propia especie. Hacen mal, pero que muy mal, los tarados que hablan de filantropías absurdas y tolerancia para cualquier defecto o discrepancia. Se equivocan, sin duda, los que opinan que la sociedad humana debe soterrar los humanos instintos y convertir nuestro mundo en un paraíso para mediocres y defectuosos. La selección natural nos ha hecho cual somos y no debemos permitir que, en aras de una bondad mal entendida, convirtamos la debilidad en mérito y consintamos que la aguerrida raza a la que pertenecemos se convierta en letrina de despojos y transforme nuestro acervo genético, con toda nuestra carga de pureza hereditaria, en una sucia mixtura de defectos e inferioridad.

Sé que no es políticamente correcto el decirlo, aunque confío en que muchas preclaras mentes se sumen a mi petición con toda la fuerza de su espíritu, pero tengo muy claro que, si deseamos preservar nuestra superioridad racial y conservar nuestra civilización por delante de las demás, es necesario prescindir de todos aquellos que porten en sus genes la mancha de lo imperfecto y, por tanto, propongo que recuperemos y ampliemos la idea de eugenesia y eutanasia como herramientas *sine qua non* resulta imposible la depuración de la especie y la mejora de las poblaciones humanas.

Debemos mejorar la raza y buscar el superhombre, el hombre nuevo capaz de superar al actual y alcanzar insospechadas cotas de inteligencia, bizarría, hermosura y elegancia sin pérdida de discreción. El superhombre no aparecerá porque sí. Es imprescindible allanarle el camino. Incluso veo positivo realizar cruzamientos dirigidos entre miembros preclaros de nuestra especie para conseguir la combinación genética más adecuada, siempre un paso por delante de lo que la ciega naturaleza sería capaz de proporcionarnos. Y aún más, me veo en la obligación de sugerir que todos los tarados, físicos y mentales, miserables, desocupados, revolucionarios, imbéciles y feos sean eliminados sin contemplaciones en aras de la mejora poblacional.

No me parecería mala la idea de cruzar a diosas nórdicas de la belleza y la prudencia con genios mediterráneos como mi admirado Grogrenko o, en su defecto, mi humilde y sobrenatural persona.

En todo caso, estoy convencido de la necesidad de la tolerancia cero para los homocigotos y portadores de cualquier trastorno o tara. Igualmente, por evitar la nefasta influencia de genes que pudieran estar implicados, la castración, química o anatómica, de todos los humanos inferiores que pueblan el planeta, así como la eliminación de todos los inadaptados, política, social o económicamente –los psicológicamente inadaptados ya habrían sido excluidos de la existencia, según mi incuestionable criterio, como parte de la tara-. Si se me dice que es difícil determinar cuáles son todas las taras, o que muchos portadores de defectos físicos y aún más los morales son difíciles de descubrir -los unos porque no padecen el efecto del alelo recesivo portado y los segundos porque tratan de ocultar sus miserias- yo diría a todos los desconfiados que más vale pecar por exceso que no

por defecto. Exterminemos a todo el que sea mínimamente sospechoso de inadecuación al ideal arquetípico de belleza y supremacía racial. Si hay que eliminar a casi toda la población, mucho mejor. Así los que quedemos, el grupo de los entes presuprahumanos, formaremos una sociedad perfecta, bien avenida y exclusiva en cuyo seno hallará nacimiento la criatura perfecta del futuro: el superhombre, el ser pluscuamperfecto.

¡Ay, cuanto habríamos ganado si hubiéramos hecho caso a los sabios del siglo XIX que propugnaban la eugenesia para evitar la lacra creciente de la mediocridad y todo tipo de debilidades! Hombres bragados como Galton o Wallace, preocupados por nuestra herencia genética, fueron ignorados mientras que los señoritingos de la tolerancia y el buen rollito eran tomados en consideración, con sus ideas de la universalización de la sanidad, la educación o el alimento. ¡Qué desperdicio de recursos! ¡Qué penoso embrutecimiento y decadencia de la especie! Y eso que aquellos grandes hombres, padres de la selección humana, con sus grandes ideas no pasaban de ser filántropos bienintencionados incapaces de poner los verdaderos puntos sobre las ies, incapaces de reclamar el armagedón sobre los humanos corrientes. Hombres han habido después que han buscado con afán, ahínco y convicción el superhombre. No entraré en nombres ni hechos, porque no se me insulte tachándome de fascista o genocida, pero cuánto habríamos ganado si esas gentes de bien se hubieran salido con la suya.

Amigos, fundemos una sociedad nueva, eliminemos a todos los que sobren y miremos con atención el nuevo día en que el superhombre, un tierno retoño de la verdadera humanidad, de la que formamos parte, que yo sepa, Grogrenko, yo y apenas unos cuantos más, nazca a la luz.

El amanecer de una nueva especie superior, más alta y hermosa, con menos caspa y con voz encantadora, se encuentra, si nos lo proponemos, a la misma vuelta de la esquina.

Narciso de Lego

(padre fundador de la Nueva Humanidad y seleccionador exclusivo de entes perfeccionables)

HISTORIA TELEGRAMÁTICA DEL MUNDO

Primero expansión, poco después energía y más tarde materia. Mucho después estrellas y, con ellas, nuevos elementos. Todo combinado: galaxias, cúmulos. Primero física, luego química. Átomos dan moléculas. Muere estrella y se forma otra rodeada de planetas. Uno sufre gran colisión. Calor cede, tenemos la Tierra, con agua y atmósfera, muy desagradable. Hora de geología y biología. Hidrosfera sufre evolución química. Macromoléculas, primeras células. Tectónica. Información genética. Autorreplicantes. Evolución biológica. Selección de los seres. Heterotrofía y autotrofía. Quimiosíntesis, fotosíntesis. Bacterias. Algunas liberan oxígeno. Veneno, oxidante universal. Vida que lo respira. Metabolismo complejo. Más complejo. Células más complejas. Cambian geología, clima, seres vivos. Células aún más complejas. Eucariotas. Asociaciones de células. Colonias dan pluricelulares. Sencillos. Luego no tanto. Grupos diferentes: fotosíntesis o no. Algas, mohos, hongos, animales. Marinos. Peces que siguen a plantas. Tierra. Anfibios se asoman fuera. Reptiles se quedan fuera. Mamíferos. Poca cosa entre dinosaurios. Catástrofe da vía libre a mamíferos y aves. Muchos mamíferos diferentes. En tierra, en agua, en árboles. Primates de rama en rama. Algunos se descuelgan. Quedan en sabana. Pocos árboles. Se alzan sobre pies. Manos y cerebro. De bestia a hombre. Fuego, tecnología, cultura. Hombre ve al hombre. Consciencia. Hombre ve la naturaleza. El universo se reconoce. Aún. ¿Cuánto durará mínima inteligencia?

Juan Luis Monedero Rodrigo

FE AJENA

Sorprende la infinita capacidad de la mente humana para albergar estupidez. Y resulta divertido comprobar cómo, entre los encefalogramas planos, uno puede encontrar cierta variedad. Personalmente, prefiero los del tipo fanático, siempre que sea yo quien domina su mente.

Y no hablo metafóricamente.

Me refiero a mi nueva "cruzada" en pos de la "fe verdadera", es decir, la mía.

Hasta hace apenas dos meses he estado ejerciendo, aunque sólo en ratos libres, de profeta y maestro ungido por Dios. No llegué al nivel de Mesías, lejos tal pretensión de mis limitadas capacidades, pero sí que he sido mensajero divino y he encontrado un rebaño, o caterva, de fieles seguidores dispuestos a aceptar mi palabra como maná llovido sobre las resecas mentes que sus duros cráneos tienen la desgracia de albergar.

Esta panda se bebía mis palabras y, en vez de vomitar de asco, se sentía bendecida y elevada hasta las proximidades de la gloria celestial.

Ya sabéis que siempre suelo presumir de mi pico de oro y mis dotes para la persuasión. Pues con estos catetos apenas si tuve que esmerarme para acaparar su atención y sus voluntades.

Tiempo atrás se me ocurrió que el oficio de telepredicador parecía interesante. Una bicoca que yo mismo estaba dispuesto a aprovechar. El caso es que yo carecía de cadena de televisión, emisora de radio o cualquier panfleto, al margen de esta revistilla, para hacer proselitismo y formar mi feligresía. Pero no por eso me iba a amilanar. Durante un tiempo sopesé la posibilidad de convertir a mi nueva fe al grupo de payasos del que forma parte la tal Nicolasa. Pero, sabiendo de su beatería militante y su afición a la Iglesia Católica, me di cuenta de que, entrando por aquella vía en el mundo de la predicación, iba a pinchar en hueso. Me acordé del Quijote y su "Con la Iglesia hemos topado" y me decidí a no buscarme problemas entre aquella gente. Me pareció más práctico asaltar alguna Iglesia Catódica que pareciera más accesible. Y, buscando, di con una Teleparroquia local dirigida por un mequetrefe del tres al cuarto al que no me costó demasiado espantar. Bastó con acercarme a él cual Judas traidor y susurrarle al oído la posibilidad de una persecución policial y una denuncia a inmigración. El colega, que no tenía ni papeles, puso pies en polvorosa y yo me agencié su negocio sin esperar a que otro reclamase su herencia.

La emisora de televisión era una birria, aunque se ve que, en este mundo, lo de menos son los medios y la extensión de la audiencia. El mensaje también puede ser de lo más limitado. Lo importante es que la emisora contaba con un buen local e iglesia propia donde cada día acudían los fieles del telepredicador huido. Así, junto con la cosecha

de sus bienes, yo me quedé con la correspondiente cosecha de almas miserables que había dejado. Aquellos incautos, ignorantes y bobalicones en su mayoría, aunque también había algún profesional e incluso un par de supuestos "letrados", vivían pendientes de mis palabras, como si de mi boca surgieran verdades incuestionables y mi voz fuera la del propio Yahvé entre las zarzas.

Pese a todo, uno no puede entrar en una secta como un elefante en una cacharrería. Para esta gente la Biblia no sólo es un libro sagrado sino que es EL LIBRO, el único que merece tal nombre y aquél en el que realizan todas sus consultas. Por esta razón, y para triunfar más ampliamente entre ellos, me vi obligado a realizar unas "pequeñas" alteraciones en el libro de libros.

Como estos torpes estaban acostumbrados a interpretar literalmente las palabras de la Biblia, yo les dije que nuestra iglesia verdadera necesitaba una Biblia verdadera y la que manejaban no lo era en rigor, sino una mala traducción impregnada de históricas falsedades de otras biblias griegas y latinas. Así que les ofrecí "mi" traducción, que no pasaba de ser una copia literal de la Biblia que tenía más a mano, la cual tuve la santa paciencia de leerme para subrayar y apuntarme las citas de mayor interés para mí así como las pertinentes y mínimas modificaciones para que el mensaje transmitido fuera el más conveniente a mis propósitos.

Básicamente edité mi propia Biblia y saqué copias de ella para todos mis fieles que, desde entonces, no leyeron otro libro que el mío. Así, cuando los sermoneaba, los dirigía a páginas y pasajes concretos donde encontraban las instrucciones que yo deseaba darles y con las que justificaba mis exigencias. Estas últimas eran básicamente materiales. Si les pedía dinero, lo justificaba con un salmo inventado o con una parábola levemente retocada. Por medio de los textos "sagrados" me aseguraba su completa obediencia sin réplica ni duda.

Por momentos, crecido como me sentía, me inventé nuevos textos canónicos que, como evangelios apócrifos –y más que apócrifos- incorporaba a sus textos sagrados, más por diversión que por afán de añadir mayor control sobre mis seguidores.

No eran demasiados mis fieles, ni tampoco me esmeré mucho en captar más acólitos para la secta. No era cuestión de llamar

demasiado la atención pública sobre mí. Además de que el grupo en sí, con ser pequeño, me llegaba a resultar estomagante.

Manejarlo podía ser divertido. Convencer un día al más tonto de que saltase por una ventana como sacrificio a Dios porque Él lo protegería de cualquier daño y ver luego su cara feliz cuando volvía lleno del estiércol que yo había colocado previamente para frenarlo. El muy bobo, sumamente agradecido ante mi consejo, se empeñaba en llamar "milagro" a la triquiñuela. Hacer que todos pensasen que pasar de un diezmo a una mitad de su dinero como cifra adecuada que dedicar a "nuestras" obras, que no eran más que la mía. Engañar a la jovencita estúpida rebotada de los testículos de Jehová para que yaciera bíblicamente con su profeta, en acto de entrega al Altísimo, o enviarlos de casa en casa desnudos para que predicaran la buena nueva de la inminente venida del Paraíso Terrenal.

Yo, por mi parte, me presentaba ante ellos con barbas postizas y una túnica azul digna de un adivino o cualquier otra clase de timador. No quería que luego me reconocieran ni que nadie me pidiera cuentas.

Un día, harto de su estupidez que ya no me divertía, les confesé que había recibido la llamada del Señor y que Su poderosa voz me conminaba a iniciar una peregrinación solitaria hacia los Santos Lugares donde habitaría como eremita, en cuevas y sin mis amados compañeros. Les dije que ninguno podía seguirme hasta allí. Que aguardaran la venida de otro mensajero y que no traicionaran los principios de nuestra fe común. Los atontados me bendijeron y se quedaron cantando hosannas cuando me fui. En el fondo estaban muertos de miedo y más perdidos que un pulpo en un garaje.

Aquí no termina la historia. Cuando, dos días después, me pasé por allí con mi atuendo normal y sin que me reconocieran, comprobé que el tontaina del estiércol se había asignado, con consentimiento general, el papel de nuevo líder de la secta. Teniendo en cuenta que su personalidad estaba en consonancia con su inteligencia, deduje que a mi exsecta –tómese el "ex" en sentido de pérdida de posesión- le restaban cuatro días de existencia.

Sin embargo me equivocaba. Cuando dos meses más tarde volví a pasarme por su local, la iglesia y su televisión aún funcionaban.

Fingí que seguía dudando si abrazar o no su fe desde mi última visita y allí di con un tipejo calvo de ojos saltones que me dio buena espina. Era un auténtico *crack*. Se había incorporado hacía dos semanas al grupo y, tras ver la luz, había recibido un auténtico relámpago iluminador por medio del cual se había convertido en su líder espiritual y el nuevo santón que, manejando los hilos de la secta, se estaba labrando una fortuna y un porvenir. Creo que el tío tiene futuro. Ojalá tenga suerte y sepa administrarse para que no lo detengan por estafa.

Está visto que los tiernos corderitos no pueden vivir sin un hermoso lobo que los administre y dirija. Bueno, yo diría que esto es una cierta forma de selección natural, ¿no? No hay nada más satisfactorio para un ego necesitado que poner a una cuadrilla de fanáticos a tu entero servicio.

Sergi Lipodias

CARTAS AL DIRECTOR
(pendiente de elección tras pruebas de aptitud)

MALOGRAR LOS IMPUESTOS

En estos tiempos de crisis cualquier noticia descabellada que afecte a nuestros ahorros nos resulta plausible por irracional que sea en su planteamiento.

Poco importa que la crisis haya surgido de las ansias de tantos pobretones deseosos de medrar que se han aprovechado de la bondad de banqueros con demasiado corazón como para negarles préstamos impagables con los que adquirir sus viviendas. Menos aún que la crisis se haya agravado por dudar de los justos principios del neoliberalismo a la par que de las verdades de nuestra fe católica. El caso es que estamos en una situación complicada y cada nueva noticia económica nos pone el corazón en un puño.

La última, la que me ha obligado a redactar este artículo, es el malintencionado rumor sobre los donativos del IRPF para el próximo año fiscal. Tan espantosa me ha parecido la idea que, al pensar en aquel adagio de que cuando el río suena agua lleva, se me han puesto

los vellos de punta y el corazón me ha comenzado a palpitar acelerado, henchido de justa ira, miedo y amor a nuestra Santa Iglesia.

¿A quién, sino a un loco o un demonio, se le podría ocurrir tal posibilidad? Quizá a un loco del demonio, como sin duda son nuestros impíos gobernantes. Me parece incomprensible que, una vez eliminada la publicidad de la televisión pública, con la loable voluntad de evitar que se convirtiera en espectáculo tan denigrante como la mayoría, alguien haya tenido la ocurrencia de malograrlo todo decidiendo que, en la casilla de los donativos del IRPF, donde nunca tuvo que existir otra opción que la Santa Madre Iglesia y ya se contempló la posibilidad de dar el dinero a las llamadas ONGs, muchas de las cuales nada tienen que ver con la Iglesia, ahora se les ocurre la opción de ¡dar el donativo a la televisión pública!

Me dicen almas caritativas que se trata de meros rumores, absurdos y malintencionados. Pero a mí no me cabe duda de que es una jugada perversa que persigue la ruina del clero patrio. Porque está claro que muchos ateos y anticlericales otorgan sus dineros con gusto a cualquier Organización No Gubernamental de ésas que usan las limosnas para favorecer la contracepción o cualquier modernidad en los países pobres, ¡y hasta para dar cobijo a las madres solteras o los drogadictos! Pero las gentes de bien seguirán marcando la casilla de la Iglesia mientras no les tiente el diablo. Y veo yo que el diablo se presenta disfrazado de programa de televisión. Porque estoy segura de que habrá quien otorgue su colaboración a la televisión para que le pongan sus programas favoritos, a los que no se siente capaz de renunciar y que, por satisfacer sus ansias de distracción, serán muchos los que pecarán gravemente.

Es irónico pensar que alguna buena persona dedique su donativo a la televisión pública, confiado en poder asistir cada domingo y desde su casa a la Santa Misa mientras la Iglesia que vela por su alma y le entrega el sermón de cada día, languidece privada de su natural subvención.

Para evitar esta monstruosidad, sea cierta o no su inminencia, he fundado, junto con varias amigas de la parroquia, una plataforma reivindicativa contra la mera posibilidad de tal medida. Somos las

CHEDDAR (léase Congregacionistas Hermanas en Defensa de Almas Restauradas) y nadie doblegará nuestra firme voluntad.

Por mucho que nos gusten los programas de sociedad y esas bonitas entrevistas de corte moral a que nos tienen acostumbradas las telecadenas, nos oponemos rotundamente a que tales programas puedan sufragarse en las cadenas públicas a costa de la necesaria manutención de la Iglesia. Nuestra religión, que tan mal compite con caridades ajenas y cantos de sirena externos, estaría, sin duda, perdida en su competencia con la tele. No lo consentiremos.

Firmes en la defensa de los valores. ¡Abajo la tele y las ONGs! ¡CHEDDAR para siempre!

Nicolasa de la Olla y Redondo de Ternera
(Madre Congregacionista y Presidenta CHEDDAR)

EPÍLOGO

Corremos, siempre acelerados. Pero, ¿dónde llegamos? Aparentemente cumplimos con planes importantísimos y alcanzamos objetivos inexcusables. Sin embargo, basta con analizarnos con retrospectiva para darnos cuenta de que, en general, es bien poco lo que avanzamos. Seguimos siendo los mismos simios descerebrados que hace cien mil años se dieron cuenta de su diferencia y, desde entonces, se han dedicado a aprovecharla, explotando al resto de la naturaleza y, en la medida de lo posible y con preferencia, a los propios semejantes con el único fin de satisfacer nuestros pueriles y egoístas deseos. Adornamos nuestras acciones con hermosas razones, nos pintamos el mundo, cada vez más complejo, como un lugar por completo al margen de las leyes naturales que hemos sido capaces, según nuestro propio juicio, de comprender, dominar y torcer, supuestamente en nuestro beneficio. Y, a la postre, nos dedicamos desde hace siglos, usualmente con violencia y falta de escrúpulos, a pisar al vecino con un único fin bien distinto del que oficialmente proclamamos: transmitir nuestros defectos y errores a la siguiente generación. De los egoísmos y cuidados personales nada queda, mueren todos con el individuo. Por más que las herencias, tanto las materiales como las culturales, son de poca trascendencia en el largo plazo, todos nos desvivimos por conseguir cumplir nuestras vagas metas de triunfo

personal, económico o social. Lo único que dejamos para el futuro son un puñado de genes, cada vez más corruptos con el paso del tiempo y la falta de presión selectiva, que repetirán nuestros errores motivados por idénticos impulsos que los nuestros. Nuestra razón cede al instinto más de lo que nos atrevemos a admitir. Y, sin embargo, así va el mundo, sometido a una absurda competencia de la que sólo afloran destrucción y caos. Hemos avanzado durante siglos. Somos más modernos, más ricos, más cultos, más listos, hasta más buenos. O eso nos esforzamos en creer. Cuando la realidad es que estamos arruinando el mundo con nuestras cortas miras y nula comprensión. Somos los mismos seres frágiles, emotivos y estúpidos, con la misma dotación genética que nuestros abuelos de hace mil siglos. Y no sólo no nos damos cuenta sino que nos negamos a contemplar nuestra obra. En cierto modo, el título de esta revista es demasiado optimista. Nos movemos como pollos descabezados, a toda prisa, con grandes razones, con total inconsciencia. Y seguimos siendo lo mismo. Pero el ambiente que nos rodea ya no lo es así que, en cierto modo, no corremos para seguir en el mismo sitio sino, en realidad, para acumular inevitablemente un retraso sin solución, a la par que corremos, sin darnos cuenta, camino del precipicio al que, con certeza, no tardaremos en arrojarnos. Asumido que en la naturaleza prima la selección y nosotros somos fruto de ella, ya que no somos capaces de actuar al margen de ella ni de nuestros instintos, habremos de enfrentarnos a su usual consecuencia: la extinción. Competir funciona, pero sólo de modo provisional. Al final siempre se encuentra el mismo muro de imposibilidad, el fin de la especie.

Pero, igual que el título, queremos ser optimistas en nuestras expectativas de futuro. Ojalá podamos llegar a convertirnos en los seres racionales que, sin razón, nos gusta presumir que somos.

EL PUNTO Y FINAL

Una nueva conclusión, que suele ser anuncio de un nuevo principio, el del siguiente número de nuestra revista. Una conclusión algo triste, por el contenido del epílogo y por la marcha de la revista, aunque también optimista porque, contrariamente a todas las expectativas, nos acercamos a la treintena de números. No diremos que con paso firme,

porque ahí está el motivo principal de nuestro desánimo. Intuimos que nuestro paso se hace tambaleante, que, como se menciona unos párrafos atrás, la revista se acerca a su extinción, como esos mimes de la evolución cultural, por falta de oídos y manos. Oídos que conduzcan nuestras palabras a las conciencias que tienen detrás y manos que escriban pensamientos con los que completar nuestros ejemplares para llenarlos de contenido y nuevas perspectivas. No nos quedaremos mudos, pero cada vez tenemos menos voces que transmitan diversidad, bandera del diálogo.

En todo caso, esperamos que hayáis disfrutado de estas páginas y que, como en otras ocasiones, os hayan invitado a pensar, aunque sea para maldecirnos. Y os invitamos a colaborar, siquiera para contarnos vuestra experiencia de lectura o aconsejarnos con respecto a nuestro incierto futuro.

Por descontado, allá va nuestro agradecimiento a nuestros pacientes colaboradores: Gerardo Monedero, por su ya inestimable portada, Ignacio Barroso Benavente por sus versos y El temible burlón, nuestro cínico más fiel. A ellos y a los demás os esperamos en alguna de nuestras siguientes aventuras literarias y ensayísticas. Gracias a todos, los que nos leéis y los que nos habláis, por estar ahí y darnos vuestro apoyo.

Enviad vuestras colaboraciones a:

e-mail: despertardelosmuertos@yahoo.es

Y bajaos, si es vuestro deseo, cualquiera de nuestras revistas desde nuestra página web:

www.eldespertardelosmuertos.es

O de nuestra página de Bubok:

http://eldespertar.bubok.es

Hasta la próxima ocasión.